EL REY Y EL AVENTURERO.

Drama en cinco actos,

ARREGLADO AL TEATRO ESPAÑOL

POR

Don Isidoro Gil.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. LORRAS
N.º de la procedencia
2578

MADRID.

IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.
Junio de 1849.

PERSONAS.	ACTORES.
EL REY DON ALFONSO VI. .	*Don Pedro de Sobrado.*
DON CESAR DE PORTUGAL. .	*Don Julian Romea.*
DON JUAN CONTI, *valido del rey.*	*Don Lázaro Perez.*
EL CONDE DE TRAS-OS-MONTES.	*Don Luis Fabiani.*
LA CONDESA, *su esposa.* .	*Doña Gerónima Llorente.*
MAGDALENA, *gitana.* . .	*Doña Matilde Diez.*
DUARTE.	*Doña Plácida Tablares.*
UN CAPITAN.	*Don Lorenzo Uzelay.*
UN JUEZ.	*Don José Ramirez.*
UN BARQUERO.	

GRANDES. - PUEBLO. - SOLDADOS. - GITANOS.

La escena es en Lisboa en el año de 1656.

Este Drama pertenece á la Galería Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y estrangero, y es propiedad de sus editores los *Sres. Delgado Hermanos*, quienes perseguirán ante la ley para que se le apliquen las penas que marca la misma al que sin su permiso le reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demas Sociedades sostenidas por suscricion de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decretos Orgánico y Reglamentario de teatros de 7 de Febrero de 1849.

Acto primero.

Una plaza pública.

ESCENA PRIMERA.

EL REY. MAGDALENA. DON JUAN. PUEBLO.

(*Al levantarse el telon, aparece Magdalena rodeada de pueblo que la oye cantar. El rey, disfrazado y con el embozo hasta los ojos, la observa á alguna distancia.*)

Unos. Bravo! Bien!
Otros. Viva la gitana! el lucero de Lisboa!
Rey. (*Mirándola.*) Qué hermosa es!
Juan. (*Saliendo por el lado opuesto y reparando en el rey.*) Qué veo!... hoy tambien aqui!... Es la tercera vez que le sorprendo contemplando á esa gitana.
Magdalena. (*Acercándose al rey.*) No hay nada para la pobre gitanilla, señor embozado?
Rey. (*Contemplándola y aparte.*) Qué ojos tan echiceros! parecen dos estrellas!
Magdalena. Ea, deje caer ese embozo, y no me mire de ese modo, que me da pena... Ha perdido usarcé el habla? Tan poco le agradan mis canciones, que no le he merecido siquiera ni un aplauso, ni una mala pieza de cinco réis. (*El rey, sin apartar de ella la vista, deja caer en la pandereta una moneda de oro, y vase precipitadamente.*) Un cruzado! Un cruzado de oro!... Y yo que temia acercarme á él, viéndole tan silencioso y tan recatado! Oh! no hay duda, es un

720573

grande... un caballero muy generoso, y muy rico sobre todo.

Juan. (*Acercándose.*) A juzgar por tu alegría, ese embozado ba debido hacerte un buen regalo, hermosa niña.

Magdalena. Mirad!... Debe ser poderoso!

Juan. Es don Rafael de Almeida, el banquero mas rico de Portugal. (*Aparte.*) Ah! rey don Alfonso! mal sabeis guardar el incógnito. (*Oyese dentro el toque de oraciones.*)

Magdalena. La oracion! (*Arrodíllanse todos, y despues de una pausa, durante la cual muchos del pueblo entran en la iglesia, retíranse todos los demas poco á poco.*) El que quiera oir la buena ventura, despues de salir de la iglesia, me encontrará aqui dentro de una hora. Id con Dios, señores. (*Saluda familiarmente á algunos de los que se alejan.*)

Juan. (*Para sí.*) Es posible!... el rey don Alfonso VI enamorado de Magdalena la gitana!

ESCENA II.

MAGDALENA. DON JUAN.

Magdalena. Voy á entrar yo tambien á esperar á mi protectora.

Juan. Aguarda, Magdalena.

Magdalena. (*Volviendo.*) Qué me quereis?

Juan. Recompensarte por el buen rato que me has dado con tus canciones. (*Le da una moneda.*)

Magdalena. Otro cruzado!... (*Con tristeza.*) Tambien vos!

Juan. Con qué tono me dices eso!... Es la dádiva de esa moneda de oro la que te entristece de tal modo?

Magdalena. Sí señor.

Juan. Por qué razon?

Magdalena. (*Vacilando.*) Porque...

Juan. Acaba; ya te he dicho que me interesaba en tu suerte;... puedes fiarte de mí... Qué es eso? vacilas aun?

Magdalena. Perdonad mi indecision, caballero; soy huérfana, mi condicion es harto desgraciada y humilde para tener amigos que desinteresadamente me protejan; y desde que murió mi pobre madre — que hace

ya largo tiempo—no sé lo que es confiar á nadie ni mis penas, ni mis esperanzas.

Juan. Pero no puedo saber al menos por qué te ha contristado la oferta de esa moneda?

Magdalena. Porque, entiendo que este cruzado de oro... ó es para mí demasiado... ó no es bastante.

Juan. Cómo?

Magdalena. Cuando era todavía niña, me sucedia á veces, que aquellos á quienes importunaba con mis canciones, me tiraban alguna monedilla de cobre para deshacerse de mí... Ahora que ya soy muger no les molesto y me escuchan... No solo me escuchan, me miran... no me arrojan ya con desden monedas de cobre, sino que me ofrecen plata, y algunas veces, como hoy, oro!

Juan. Y qué mal hay en eso?

Magdalena. Qué mal hay? que este oro ha desterrado de mi alma la paz y la alegría. Siendo niña me juzgaba feliz cuando habia ganado lo bastante para comprar el pan de aquel dia y del siguiente... Ahora, me atormentan sueños de ambicion y de orgullo... Cuento por la noche las piezas de oro que demasiado generosamente me suelen regalar en ocasiones, y me desespero al pensar cuántas y cuántas necesitaria yo para satisfacer los caprichos y sueños de mi ambicion. Deseo todo lo que veo en otras mugeres á quienes la suerte hizo nacer en mas elevada cuna... joyas, encages, ricos adornos...

Juan. (*Aparte.*) Ambiciosa y soberbia! no son malas cualidades!

Magdalena. Os burlais de mis desvarios, no es verdad, caballero?

Juan. Yo? nada de eso... Pienso muy al contrario que todos esos deseos, esos dorados sueños pudieran realizarse algun dia... cosas mas estraordinarias se han visto en los tiempos que alcanzamos.

Magdalena. Juzgais envanecerme y alentar mis locas ideas diciéndome eso... Pues no creais que necesito mucho para ello.

Juan. De veras?

Magdalena. Sí, quiero deciroslo todo; tengo como un vago presentimiento... como una secreta esperanza...

Y convendreis en que tengo alguna disculpa: no se habla en Lisboa mas que de mí, cuentan mil historias sobre mi nacimiento... Y ademas, muchas personas de la grandeza me han llamado á su casa, me han recibido en sus saraos... me protegen... una sobre todo... mas poderosa y mas elevada que las demas...

Juan. (*Aparte y con sorpresa.*) El rey sin duda! (*Alto.*) Y esa persona quién es?

Magdalena. La reina de Portugal!

Juan. (*Sorprendido.*) La...

Magdalena. La reina, que mas de una vez ha mandado detener su carruage para oirme cantar, que me ha mirado siempre con bondad y hecho cuantiosas limosnas, que se ha sonreido á veces con mis maliciosas modiñas, y ha vertido algunas lágrimas con mis tristes romances... (*Con vanidad.*) Sí señor, he hecho derramar lágrimas á la reina!

Gritos dentro. Viva la reina!

Magdalena. Ella es justamente!... Va sin duda á rezar á la catedral como todas las tardes por la salud de su esposo... La pobre señora no es muy feliz!... Voy á salir á su encuentro... porque á pesar de lo ambiciosa que soy, caballero, prefiero la limosna de una de sus preciosas lágrimas, á vuestros cruzados de oro.

Juan. A Dios, pues; y buena suerte, hermosa Magdalena.

ESCENA III.

DON JUAN.

Sí, tus deseos pueden realizarse, preciosa gitana... y si quieres ayudarme, podrás poseer en breve todo lo que ambicionas... porque posees ya, sin saberlo, mil veces mas que todas esas encopetadas damas cuya suerte envidias... posees el corazon de un rey... has logrado reanimar á un cadáver... encender el fuego del amor en un corazon gastado por la disipacion y los placeres... Desde sus últimos y ruidosos amores, el monarca, arrepentido y lleno de hastío, ha permanecido inaccesible á todas las seducciones!... Sus ojos no han vuelto á fijarse en ninguna muger... ni aun en la suya propia... En el dia he descubierto el objeto de

una nueva pasion, y sabido es cuán fácilmente el rey Alfonso VI se deja avasallar por las pasiones... Favoreciendo sus amores, lograría á la vez dominarle por medio de la que me debiese á mí el título de favorita, y apartarle enteramente de la reina, que no le perdonaria este nuevo ultraje... La reina!... quién sabe lo que me sería dado esperar si ella sintiese en su corazon el vivo tormento de los celos con tanta intensidad (*En voz mas baja.*) como el amor que por ella me abrasa... Pero de qué medios me valdria para realizar mis planes?... La inflexible etiqueta de la corte no permite... Si forjando alguna verosímil historia sobre el origen misterioso é ilustre de esa gitana... Oh! no hay remedio, necesito á todo trance para ella un nombre, un título... (*Ruido dentro.*) Otra pendencia dentro de la hostería!... Veo que será preciso poner remedio á este escándalo.

ESCENA IV.

DON JUAN. DON CESAR.

Cesar. (*Saliendo de la hostería un poco achispado.*) Son ucedes unos bellacos, con quienes no emprendo á cintarazos... por no ensuciar mi espada. (*Bajando al proscenio.*) Habrá canalla igual!... me digno ponerme á jugar con unos pecheros... y me han estafado... como unos señores!... (*Sacudiéndose los bolsillos.*) Me han dejado enteramente limpio... y si la Providencia no me proporciona esta noche hogar y cena, tendré que arreglarme con lo que me queda... el cielo por cobertor y el aire por alimento... El cobertor no será muy pesado, que digamos, ni la cena tampoco.

Juan. (*Que le ha estado observando.*) Qué es lo que estoy mirando! Si no me engaño, es don Cesar de Portugal!

Cesar. Don Juan! amigo mio! (*Aparte.*) Muy decente le encuentro... Qué interes le habrá movido á conocerme?

Juan. (*Tendiéndole la mano.*) Ya há largos años que no nos hemos visto.

Cesar. Desde la muerte de nuestro buen monarca Juan IV y regencia de la reina madre. El rey Alfonso era muy mozo aun.

Juan. Y nosotros unos gallardos mancebos.

Cesar. Sí, gallardos y apuestos. (*Mirándose la capa.*) Cómo cambia uno!

Juan. Heredásteis un nombre ilustre, y un caudal inmenso.

Cesar. Sí, pero me quedé con el uno y sin el otro... No necesito deciros... con cuál me quedé.

Juan. Con efecto, ahora recuerdo que vuestra ruina metió mucho ruido.

Cesar. Sí, mis acreedores pusieron el grito en el cielo.

Juan. Y vuestra suerte no ha mejorado desde éntonces?... Bien es verdad, que una vez empeñado, es tan difícil salir de ahogos... tanto pico, tanta deuda antigua que satisfacer.

Cesar. Aun hay por los tiempos que alcanzamos una cosa mas difícil que pagar deudas antiguas...

Juan Cuál?

Cesar. Hacer otras nuevas.

Juan. Y abandonásteis á Lisboa?

Cesar. Hasta hoy dia de la fecha que he vuelto á poner en ella los pies.

Juan. Dónde habeis estado tanto tiempo?

Cesar. En todas partes donde ha habido cuchilladas que repartir, mugeres hermosas que enamorar y buenos vinos que beber. Asi os digo, que vengo ahora de España, donde no hay muger que tenga malos ojos, vino que sepa mal, ni gente mas pronta á venir á las manos. Firmáronse unas treguas con motivo de la toma de Monzon, y aqui me teneis.

Juan. Segun eso, os habeis dado buena vida?

Cesar. No ha sido gran cosa... Han dado en todos los paises, en la insensata manía de que por comer y beber... se pague... Pero no importa, allá en España he aprendido yo cierta manera... En fin, puedo asegurar que en todos los puntos que he recorrido he dejado memoria...

Juan. Y qué motivo os trae á Lisboa?

Cesar. La esperanza, la dulce y falaz esperanza... Regresemos á mi cara patria, dije para mí... la suerte

estará cansada tal vez de perseguirme, y mis acreedores se habrán ya muerto... Funesto error!... Un deudor suele morirse, un acreedor nunca... Lejos de eso, el número de los mios se ha aumentado.

Juan. Cómo?

Cesar. Han hecho cria!... Pero qué tenemos de nuevo por Lisboa?... se bebe, se canta siempre, se bate la gente?

Juan. Los desafios en Portugal son raros en el dia... El rey acaba de publicar un edicto igual á los de la corte de Francia.

Cesar. Ah! qué ridiculez!... sentencia de muerte por una estocada.

Juan. Todo el que tuviere un desafio será arcabuceado... Y no creais, es ley vigente por todo el año... escepto en la Semana Santa.

Cesar. Ah! pues si puede uno batirse durante la Semana Santa...

Juan. Durante la Semana Santa... ahorcan en vez de arcabucear.

Cesar. Diablo!... Y es el caso que hoy empieza.

Juan. Justamente.

Cesar. Gracias por el aviso... Voy á volverme manso como un cordero... en estos ocho dias al menos... no tengo malditas las ganas de ser ahorcado... En cuanto á ser arcabuceado... lo pensaré mas despacio... la semana que viene... Pero no me habeis dicho nada hasta ahora acerca de vos... Allá, en otros tiempos, teniais una gran ambicion. Qué habeis hecho? qué sois en el dia?

Juan. Yo?... nada.

Cesar. Nada?... Es decir que sois un punto mas que yo.

ESCENA V.

DICHOS. DUARTE. UN BARQUERO.

Barquero. (*Trayendo á Duarte cogido del brazo.*) Vamos, vamos, muchacho, vuélvete á casa... enjuga esas lágrimas, y déjate de pensar en tontunas.

Duarte. (*Queriendo desasirse.*) Soltadme por vida vues-

tra... os digo que me he de matar, y de nada sirve que me estorbeis hacerlo ahora.

Cesar. Eh? quién habla por ahí de matarse... ese rapazuelo!

Juan. Asi parece.

Barquero. Es este muchacho, que queria tirarse al rio.

Cesar. Vaya un disparate!... á quién se le ocurre ahogar sus penas con agua.

Duarte. (*Secamente.*) Pues con qué habia de ahogarme?

Cesar. Ya lo sabrás algun dia... Con que querias matarte?

Duarte. Y sigo queriendo.

Juan. Por qué razon?

Cesar. (*Con mucha seriedad.*) Será el diablo que tú tambien tengas acreedores á tu edad?

Duarte. Soy aprendiz de arcabucero... y corro con la compostura de los arcabuces del regimiento de guardias.

Cesar. Y piensás en ahogarte teniendo arcabuces á mano?... Dime, muchacho, no estás contento con tu oficio?

Duarte. Sí señor, pero porque segun él dice los arcabuces de su tercio no estaban corrientes esta mañana, uno de los capitanes ha mandado darme cincuenta palos!

Cesar. Cincuenta palos!... Mucho es, tienes razon.

Duarte. Oh, no es el número el que me asusta... yo no siento los palos, siento la afrenta.

Cesar. (*A don Juan.*) El rapaz tiene brios... Es preciso que intercedamos por él.

Duarte. Ese capitan es muy cruel... el alferez queria perdonarme; pero de nada han servido sus ruegos...

Cesar. Ya se ablandará al ver que se lo piden dos caballeros. (*Señalando á don Juan.*)

Juan. Don Cesar, me habreis de perdonar; pero tengo mis razones para no mezclarme en nada de este asunto.

Cesar. Bien está... me encargaré de ello yo solo.

Duarte. (*Asustado.*) Dios mio!

Cesar. Qué tienes?

Duarte. Aqui viene ya... seguido de soldados... me habrán echado de menos, y vendrán en mi busca.

Cesar. Ponte detras de mí y no temas... tienes en tu defensa... á Cesar y su espada.

Juan. (*Bajo.*) Acordaos del real edicto!
Cesar. Ah! demonio!... y que estamos en Semana Santa!

ESCENA VI.

DICHOS. UN CAPITAN. SOLDADOS.

Capitan. (*Señalando á Duarte.*) Ahí le teneis... agarradle!
Cesar. (*Con la mayor cortesía.*) Un momento... Con licencia, señor capitan... quesiera, y perdonad la indiscrecion, interceder mi humilde ruego en favor del delincuente...
Capitan. (*A los soldados sin escucharle.*) Y bien! no habeis oido? Obedeced! (*Los soldados se acercan á Duarte.*)
Duarte. Perdon, capitan!...
Cesar. Ya lo oís, el pobre muchacho os pide perdon, y yo uno respetuosamente mi voz á la suya... (*Se quita el sombrero.*)
Capitan. Si tú cumplieras con tu deber, no tendria yo ahora necesidad de castigarte, ni me veria obligado á oir tus gimoteos (*Mirando á don Cesar.*) y estas impertinentes súplicas.
Cesar. (*Vivamente.*) Eh? (*Aparte y variando de tono.*) Ah! si no estuviesemos en Semana Santa! (*Con calma.*) Pues bien, capitan, en vuestra mano está que este asunto concluya aqui, ya que os fastidia... lágrimas y ruegos cesarán, asi que vos pronuncieis esta sola palabra: Perdon! (*Tirándole de la capa.*) Capitan!
Capitan. (*Recogiéndose la capa bruscamente.*) Mi capa nueva... que no tenia ni una mancha!...
Cesar. (*Con rabia concentrada.*) Señor mio!... Oh! la Semana Santa! la Semana Santa! (*Reprimiéndose y aparte.*)
Juan. (*Aparte.*) El capitan es vano como él solo.
Cesar. (*Con calma.*) Acabemos.—Estoy en la inteligencia de que hablo con un caballero... En este supuesto, quiero deciros, señor capitan, que he empeñado mi palabra de que obtendré el perdon de este muchacho... creo que entendereis lo que esto quiere decir... Por lo tanto, os ruego... os suplico...

Capitan. Si querrá dejarme en paz este desarapado?... Yo no puedo hacer nada por vos, buen hombre.

Cesar. No? (*Estallando.*) Pues yo te haré á tí.

Capitan. Insolente!

Cesar. Ya es vive Dios por de mas... Tanto peor si es Semana Santa... Señor capitan, voy á quitar á usarcé de enmedio.

Capitan. Eh!... cómo?

Cesar. Cómo?... con esto... con mi espada, que no puede sino dar honra á la vuestra al tocarla... porque soy don Cesar de Portugal, marques de Aveiro, y tengo derecho de estar cubierto delante del rey... yo, que os he hablado con el sombrero en la mano!... Os ruego, os suplico, me acerco á vos con la mayor cortesía y miramiento, y vos me contestais con altanería é insolencia!... Apelo á vuestra conmiseracion y me tratais de mendigo!... Por Dios que es abusar de mi paciencia y de los reales edictos!... (*Mirándole de alto abajo.*) Señor capitan, veo que estais bastante bien mantenido... el diablo puede que ayune en Semana Santa y voy á enviarle con que hacer colacion. (*Saca la espada.*)

Capitan. Un desafio!

Cesar. Sí por cierto; á menos que no seais tan cobarde como inhumano!

Capitan. Marchemos!...

Duarte. Vais á arriesgar la vida por mi causa!

Cesar. No temas, muchacho... El alferez queria perdonarte, no es esto?... pierde cuidado: dentro de cinco minutos le hago capitan. (*Vase seguido de Duarte y los demas.*)

ESCENA VII.

DON JUAN. *Poco despues* MAGDALENA.

Juan. El tal don Cesar es el mismo demonio, y juega las armas á las mil maravillas... mal pleito lleva su adversario. Si no fuera porque me ha irritado su insolencia...

Magdalena. (*Saliendo alborozada.*) La he visto!... ha mandado refrenar las mulas de su carroza, y me ha mirado sonriéndose...

Juan. Magdalena! (*Aparte.*) Quién sabe! ese atolondrado de don Cesar trabaja tal vez á la hora de esta para la realizacion de mis planes... (*Yendo á ella.*) Siempre pensativa! Soñando tal vez con esas ideas de esplendor y riquezas?

Magdalena. No habeis querido ver pasar á la reina, caballero?

Juan. No, te estaba esperando.

Magdalena. Queriais hablarme?... mala ocasion habeis escogido... porque esta es la hora en que sale la gente de la iglesia... y yo me coloco siempre en esta puerta lateral para decir la buena ventura... Mirad, ya empiezan á salir. (*Van saliendo de la iglesia hombres y mugeres que rodean á Magdalena y fingen hablarla.*) Vamos á ver; por quién empezaré?

Todos. Por mí! por mí!

Magdalena. Despacito, despacito!... Vais á ser el primero, señor soldado... Venga esa mano. (*A un soldado jóven que la estaba contemplando.*) Hola! hola! codiciamos el bien ageno.

Soldado. (*Sonriéndose con sorna.*) Yo?... tienes razon.

Magdalena. Andais perdido por una muchacha jóven y bonita.

Soldado. Verdad tambien.

Magdalena. Que es menos esquiva de lo que vos os figurais; y que si Dios no lo remedia, olvidará esta noche á un marido viejo por un amante jóven.

Soldado. Asi sea.

Viejo (*Acercándose.*) Yo ahora.

Magdalena. (*Examinando las rayas de la mano.*) Estais casado con una muger jóven y bonita.

Viejo. Es verdad.

Magdalena. Muy virtuosa, segun es fama; pero no hay que fiarse, porque aqui hay una raya que anuncia...

Viejo. Vaya, vaya! estos son embaucos y socaliñas. (*La paga. Yendo al soldado.*) A Dios, ahijado!

Soldado. Hola, padrino!

Viejo. Vámonos de aqui. Cenarás con nosotros esta noche. (*Vanse juntos.*)

Magdalena. (*A una muchacha.*) Tu marido será jóven, rico y buen mozo. (*La muchacha se aleja muy contenta.*) A quién le toca ahora?

Juan. A mí.

Magdalena. Dadme la mano.

Juan. No, quiero yo la tuya.

Magdalena. La mia?

Juan. Yo me encargo de dicirte la buena ventura, y de presagiarte la suerte que te espera con mas certeza que tú lo haces... pues tú dejas á la casualidad el cuidado de cumplir tus predicciones... y la suerte que yo te auguro la tendrás de cierto, porque me la deberás á mí.

Magdalena. A vos?

Juan. A mí, don Juan Conti, valido del rey, y su primer ministro.

Magdalena. El primer ministro! (*Inclinándose respetuosamente.*)

Juan. Sí; gracias á mi proteccion, y siguiendo mis consejos, serás dentro de poco mas rica y poderosa que las encumbradas señoras en cuyos saraos cantas... y te verás en breve envidiada y querida de toda la corte.

Magdalena. Y para lograr todo eso, qué es preciso hacer?

Juan. Silencio!...

ESCENA VIII.

DICHOS. DON CESAR. DUARTE. PUEBLO. *A poco* UN ALCALDE *y* SOLDADOS.

Cesar. (*Limpiando la espada.*) El bueno del capitan no tenia la vida muy agarrada al cuerpo. Pero lo mejor que ahora me queda que hacer es continuar el interrumpido curso de mis viajes... el real edicto me prestará alas.

Duarte. Aqui viene un alcalde seguido de soldados.

Cesar. (*Dirigiéndose al foro.*) Si serán ya para mí? (*Viendo que los soldados le cercan.*) Pues señor, no hay duda, son para mí.

Alcalde. En nombre del rey, daos á prision.

Juan. (*Aparte.*) Ah!... todo favorece mis proyectos.

Cesar. Señores, hé aqui mi espada. (*Aparte.*) Voy viendo que he hecho mal en volver á Lisboa.

Magdalena. (*A don Juan, que ha estado hablando con*

ella en voz baja durante todo este tiempo.) Y cuándo sucederá todo eso que me presagiais?

Juan. Mañana mismo.

Cesar. Decididamente siento haber vuelto á mi patria. Vamos, señores. (*A los soldados.*)

Magdalena. (*Aparte.*) Mañana... soy gran señora.

Cesar. (*Id. al salir.*) Mañana me ahorcan.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

Interior de una fortaleza. Puertas laterales. Al foro gran baya abierta que da sobre un muro almenado. Reloj.

ESCENA PRIMERA.

DON CESAR. DUARTE.

(*Don Cesar está recostado y duerme. Duarte, en pie, le guarda el sueño.*)

Duarte. (*Sumamente triste y con los ojos fijos en don Cesar.*) En veinte y cuatro horas, preso, juzgado y sentenciado! (*Oyese dar el reloj.*) No le quedan mas que dos horas de vida... y duerme! (*Le toma la mano.*)

Cesar. (*Despertándose sobresaltado.*) Eh?... quién es?... Ah! eres tú, muchacho?... Torpe! me has quitado el sueño mas delicioso! (*Con espansion.*) Soñaba que todos mis acreedores habian sido ahorcados!

Duarte. Y eso os alegraba?

Cesar. Yo lo creo... figúrate qué delicia!... Qué hora es? (*Duarte le señala, sin contestar, el reloj que está á la derecha.*) No mas?... aun tengo delante de mí un porvenir de dos horas?... En qué diablos voy yo á pasar todo ese tiempo?... Duarte!

Duarte. Señor?

Cesar. Si estuvieses sentenciado á muerte, y tuvieses aun dos horas delante de tí, en qué las emplearias?

Duarte. En confesarme de mis pecados, señor.

Cesar. Dos horas te bastarian? (*Aparte.*) Ya se ve, es tan jóven! (*Alto.*) Yo no podria decirte si viviendo aun sesenta años, tendria bastante con la segunda parte de mi vida para contar la primera... No, no me confesaré, sería demasiado largo!... Haré testamento. Tampoco, sería demasiado breve. (*Con aire satisfecho.*) Ah! yo he sabido gozar ancha y grandemente de la vida!... he apurado la copa de las delicias terrestres!... he amado, bebido, jugado... he sido rico, y me he comido cuanto tenia por solo el gusto de derrochar... como he enamorado duquesas por solo el gusto de plantarlas despues!... No hay placer igual al de malgastar!... He vivido tambien hecho un hampon, y he pasado dias enteros suspirando por un plato de torreznos y una Maritornes de posada. Solo el que pasa por ello sabe lo que es el placer de tener hambre!... Vamos á ver, qué mas he hecho yo?... todo, por vida mia, menos vilezas... (*Riendo.*) Y creerán que me voy á asustar porque vengan á decirme ahora: «don Cesar de Portugal, estais condenado á muerte!» Habrá belitres!

Duarte. (*Arrojándose á sus pies.*) Y es por mí, por mí, por quien vais á morir! (*Rompe á llorar, y le besa las manos.*)

Cesar. Qué es eso? qué es eso? quieres dejarme en paz con tus lloros. Mira, me has arrugado los vuelos!

Duarte. (*Con rabia.*) Y nadie! ni un amigo, ni un pariente que haya ido á echarse á los pies del rey y le haya pedido vuestro perdon.

Cesar. (*Con severidad.*) Duarte!... tú calumnias á la humanidad, hijo mio... (*Conmovido.*) Sí tal, ha habido un hombre... un anciano que ha ido á echarse á los pies del rey... que se ha espuesto á ser destrozado por las ruedas de su carruage, y pisoteado por las mulas; que con las manos trémulas y juntas, en tanto que un mar de elocuentes y gruesos lagrimones surcaba su rostro, ha hecho llegar á oidos de S. M. estas palabras: «Perdon, perdon para don Cesar!»

Duarte. (*Con fé.*) Ah! era sin duda el anciano marques de Aveiro! era vuestro padre!

Cesar. (*Con mucha frialdad.*) Era uno de mis acreedores... Ya ves, Duarte, que los hombres tienen toda-

vía cosas buenas... Observa si no. En los tiempos de mi esplendor tenia yo por amigos y convidados á los grandes y señores de la corte... ayer, sin ir mas lejos, á pesar de mi miseria, podia contar con todos los aventureros y duelistas de Lisboa... Pues bien, mira cómo me quieren... amigos ricos, amigos pobres; amigos de palacio y amigos de plazuela... todos me han dejado... tanta lástima les ha causado verme aqui, que ni uno solo ha venido.

Juan. (*Que acaba de salir.*) Escepto yo!

Cesar. (*Levantándose.*) Don Juan! (*Duarte se retira á una seña de don Juan.*)

ESCENA II.

DON CESAR. DON JUAN.

Cesar. Vos! en mi prision!

Juan. No me hagais la ofensa de admiraros de ello... yo siempre fuí amigo vuestro, don Cesar; y los amigos verdaderos y fieles no abandonan nunca en los últimos momentos... Venga esa mano.

Cesar. Con mil amores! un hombre que asi se espresa... (*Aparte.*) Este viene á jugarme alguna mala pasada.

Juan. Acabo de saber el fin de vuestra aciaga aventura... Siento que no hayais aprovechado mejor mis consejos... no os quedan, segun parece, mas que dos horas de vida.

Cesar. Estais equivocado... una hora y tres cuartos. (*Le señala el reloj.*)

Juan. Veo que sois hombre exacto.

Cesar. La vida es tan corta!

Juan. La vuestra, sin embargo, será aun bastante larga para lo que tengo que deciros, y para lo que habreis de hacer en seguida, si nos entendemos. Sentémonos, si os parece, y conversemos.

Cesar. Conversemos pues, y lo mas lentamente posible... no sé en qué gastar el tiempo.

Juan. Eh! quizás os traiga yo en que emplearle. (*Alzando la voz.*) Señor don Cesar?

Cesar. Don Juan?

Juan. Figuraos por un instante que yo soy un hombre omnipotente en Portugal... que soy el primer ministro de nuestro buen rey y señor, ó una hada benéfica que posee la varita de las siete virtudes... á vuestro antojo.

Cesar. (*Mirándole.*) Elijo el ministro... porque francamente, no teneis cara de hada benéfica... antes por el contrario, hay algo de ministro en vuestra mirada.

Juan. Acepto la lisonja... Pues bien, hada ó ministro, oid lo que os digo: todo hombre en vuestra posicion... estrema, tiene por lo comun algun pesar, algun recuerdo ó deseo que acibara sus últimos momentos... Hablad, fiaos de un amigo... juro, si admitis mis condiciones, otorgaros todo aquello que me pidais... (*De pronto.*) Escepto la vida, por supuesto.

Cesar. (*En tono de reconvencion.*) Ah! habeis podido creerme tan inconsiderado que os fuera á pedir tales cosas?

Juan. Bien, y qué me decís?

Cesar. Os digo que en este momento no deseo absolutamente nada.

Juan. (*Aparte.*) Diablo!

Cesar. Ah! sin embargo... esperad!... no sé si habreis reparado al entrar aqui en un rapazuelo, un muchacho...

Juan. El que fue causa del desagradable lance que os cuesta la vida?

Cesar. Sí, le debo eso al pobre chico!... debo á tantos en este mundo!... y francamente, me he interesado por él... No quisiera que en adelante tuviese que sufrir, ni que fuese desgraciado cuando yo no esté ya en el mundo para purgar la tierra de capitanes inhumanos. Haced algo por ese muchacho.

Juan. No es mas que eso lo que pedís?... desde hoy le tomo á mi servicio, y me encargo de su suerte.

Cesar. Gracias, don Juan.

Juan. Pero eso es bien poca cosa!

Cesar. Es decir, que en cambio vos pensais pedirme mucho?

Juan. Ahora os toca á vos.—Teneis algun otro deseo?... miradlo bien.

Cesar No encuentro, por mas que busco...

Juan. (*Aparte.*) Quiera el cielo que obtenga yo su consentimiento á tan poca costa. (*Alto.*) Ea, vamos á ver si yo os ayudo á pedir.—Don Cesar, en vuestros infinitos y largos viajes debeis haber presenciado espectáculos curiosos? (*Observándole.*) Habeis tenido alguna vez la humorada de ver ahorcar á un hombre?

Cesar. (*Poniéndose algo pensativo.*) Sí... tambien eso he visto... he visto ahorcar á tres. Y por cierto que es un recuerdo que desde ayer, os lo confesaré francamente, me preocupa bastante. He visto tres ahorcados, y me reí de los tres... como lo estais oyendo, me reí.

Juan. Pero de ayer á hoy os habeis arrepentido alguna vez de esa risa?

Cesar. Yo? no por cierto. Lo que únicamente he dicho para mí, es, que de fijo yo no haré mejor figura que cualquiera de los tres... y si yo me reí de aquellos... otros se reirán de mí. (*Animándose poco á poco.*) Ahorcado!... es una muerte infame: en Portugal jamas se habia condenado á un noble á la pena de horca, hasta que el perverso marques de Pombal quiso castigar con tan afrentosa muerte á los grandes que atentaron á la vida de don José I. Verdad es que nos hizo la singular distincion de mandar construir una horca de piedra! Que se ahorque á un pechero... á un alcalde... á mis acreedores... ya lo entiendo; pero á todo un descendiente de la familia de Portugal, de la casa de Aveiro!... Vive el cielo!—Una muerte no solo afrentosa, sino grotesca y ridícula!... Pónganme frente á frente de doce soldados con el mosquete cargado y la mecha encendida: alli, con la frente erguida y el pecho descubierto, me verán dar animoso la voz de fuego, y aguardar impávido el plomo que me ha de hacer trizas. Asi, y solo asi, debe morir un caballero!

Juan. Y asi morireis.

Cesar. (*Con viveza.*) De veras?... me lo prometeis?

Juan. Os lo juro por quien soy.

Cesar. Ah! respiro. Vengan luego esos valientes soldados, y yo les haré ver que se puede recibir la muer-

te con la risa en los labios... mirad, si me lo permitis, quiero beber y brindar con ellos.

Juan. Vos, don Cesar! beber con unos soldados!

Cesar. Ba! no será la primera vez que lo he hecho!... Creeis que un aventurero se desdeña en brindar con los que lado á lado con él han asaltado la misma brecha, hecho frente á la misma granizada de balas!... Ademas que, francamente, por mas noble que yo sea, si ahora valgo mas que ellos, ellos valdrán mucho mas que yo dentro de poco.

Juan. Bien está. Haré que se os sirva un espléndido banquete, quo os recordará vuestras pasadas prosperidades... Es eso todo lo que deseais?

Cesar. Todo... Pero, por Dios vivo, que ardo de deseos de saber lo que teneis que pedirme... Vamos á ver... Yo he puesto ya mis condiciones... decidme ahora las vuestras.—Porque yo muera contento, porque ese muchacho sea feliz, y porque en vez de ser ahorcado, me fusilen, qué exigís vos?

Juan. Muy poca cosa!

Cesar. Con que tan poco, eh?

Juan. Que os caseis únicamente.

Cesar. Eh?... Cómo habeis dicho?... que me case? Para qué?... Vamos, vamos, don Juan, esplicadme eso.

Juan. Imposible... es un misterio.

Cesar. Me queda tan poco tiempo para ser indiscreto!...

Juan. No puedo.

Cesar. Ciertamente no será por la herencia que dejo... á no ser mis deudas y mi título... (*De pronto.*) Mi título?... ahora caigo... Ese tiene algun valor todavía... Don Juan, ya veo claro, y lo entiendo todo!

Juan. Cómo?

Cesar. Se trata de una muger que no tiene títulos, y que los necesita... de alguna muger que desea ser marquesa ó cosa asi... Vamos, convenid en ello, eso es.

Juan. Tal vez.

Cesar. En ese caso, que disponga desde ahora del mio, y buen provecho le haga.

Juan. Aceptais?

Cesar. Acepto... Mirándolo bien, yo no sabia en qué gastar el tiempo:... me caseré; es una ocupacion como otra cualquiera. Voy á tomar estado... por hora y

media... Desdicha habia de ser que sobreviniesen disgustos domésticos en tan poco tiempo.

Juan. Es decir que consentís en transmitir á vuestra esposa el título de marquesa de Aveiro?

Cesar. Y el marquesado tambien... si ella es capaz de juntar los pedazos... Ah! ya que estamos en esto... cómo se llama mi muger?

Juan. No puedo decíroslo.

Cesar. Pero al menos, es jóven?... es bonita?

Juan. No lo sé.

Cesar. (*Con viveza.*) Pues yo sí... y á través de este misterio adivino una horrible cara de vieja!... Apuesto mi cabeza... (*Deteniéndose.*) no, ya no me pertenece, y no puedo jugarla: apuesto la vuestra á que mi muger tiene cincuenta y cinco años! —Hay mugeres capaces de tener esa edad!

Juan. Y cuando asi fuese?...

Cesar. Deshacia el trato.

Juan. Estais en vos!

Cesar. Aguardad; mirándolo bien... (*Recapacitando.*) Seré arcabuceado á las siete... antes de anochecer... No hay peligro! —Ea, pues, cargo con el medio siglo á ojos cerrados.

Juan. Oh! podeis abrirlos cuanto gusteis... un espeso velo encubrirá el rostro de la marquesa de Aveiro.

Cesar. (*Inclinándose.*) No sé cómo agradeceros esa feliz idea!

Juan. (*Devolviéndole el saludo.*) Ella es la que únicamente deberá sentirlo... porque con dificultad podrá distinguir al través de su espeso velo las facciones de su gallardo marido.

Cesar. (*Con lástima.*) Pobre vieja! En eso habrá al menos compensacion... porque si no puede ver mis facciones rozagantes aun... tampoco verá mi vestido.

Juan. Que no lo está ya por cierto.

Cesar. (*Con filosofía.*) Ha viajado tanto!

Juan. Que ya merece descanso. (*Llama.*) Brito!... Pasad á esa estancia, don Cesar, y gracias á mi prevision, encontrareis en ella todo lo necesario para aparecer dignamente en presencia de vuestra esposa.

Cesar. De veras?... Vamos, me abandono en brazos del destino, y dejo que hagais de mí lo que gusteis... Vais

á ver todavía que el dia de mi muerte es el dia mas feliz de mi vida. (*Vase por la derecha.*)

ESCENA III.

DON JUAN. *A poco* BRITO.

Juan. (*Siguiendo con la vista á don Cesar.*) Los hombres asi son preciosos... cuando ya cree uno que no sirven para nada, resulta que todavía pueden utilizarse en algo... se les casa. (*Llama de nuevo.*) Brito!

Brito. (*Saliendo.*) Señor.

Juan. Dispon que traigan una buena cena para don Cesar.

Brito Está bien, señor. (*Va á marcharse.*)

Juan. Ah!... manda entrar á Duarte... ese muchacho que vive aqui... Despacha. (*Vase Brito.—Con satisfaccion.*) Mi prediccion va á realizarse, hermosa Magdalena. Entre tu señor y dueño el rey de Portugal y tú, pobre y humilde gitanilla, no hay ya mas obstáculo que la vida de un hidalgo arruinado... y aun ese no existirá dentro de poco. Ah! tú te has mostrado mas rebelde que él!... ha sido preciso hablarte en nombre de la reina, en vez de citarte al rey... ha sido necesario hacerte aclaraciones sobre todo... «por qué es tanto misterio?... por qué es ese velo y esa prision?... por qué ese marido que desaparece para no volver sino en mejores tiempos?» En fin, el nombre de la reina ha acabado con todos tus escrúpulos, y espero que te dejarás hacer marquesa... La desgracia por cierto no es grande.

ESCENA IV.

DICHO. DUARTE.

Duarte. (*Saliendo.*) Me habeis mandado llamar, señor?

Juan. Si... acércate... dónde estan tus padres?

Duarte. No los he conocido, señor.

Juan. Tienes favorecedores?

Duarte. Uno solo... que se interesó por mí ayer... y va á morir hoy.

Juan. Don Cesar, no es esto? Te quiere en efecto; me ha hablado por tí, y desde este momento te tomo á mi cargo.

Duarte. Desde este momento?—Perdonad, señor; don Cesar va á morir dentro de poco... á morir por mi causa! y yo hubiera querido ser el último que le besase las manos, el primero que orase por él.

Juan. (*Aparte.*) Este muchacho es honrado!... Necesito un jóven asi de quien poderme fiar... (*Alto.*) Bien está, Duarte; hasta mañana no entrarás á mi servicio.

Duarte. Juro seros tan fiel como al mismo don Cesar.

Juan. Cuento con esa promesa. Ahora manda subir aqui á los soldados de la guardia, á quienes don Cesar quiere agasajar. (*Duarte saluda, y vase.*)

Juan. (*Solo, sacando unos papeles.*) Cumplamos ahora con lo que me impone la política... (*Sentándose y leyendo.*) Está bien; hagamos que el rey firme este decreto perdonando á don Cesar! Es preciso tener contenta á la grandeza, sin que el pueblo nos acuse de injustos. Firmado el decreto, haré que por un motivo cualquiera, una fatalidad inesplicable... el perdon llegue una hora demasiado tarde... Don Cesar debe ser ajusticiado á las siete, y el perdon no llegará hasta las ocho... Será una gran desdicha; pero el pueblo de Portugal tendrá ocasion de bendecir la real clemencia de S. M. Fidelísima.

Duarte. Señor, aqui está ya todo lo que habeis pedido. (*Va al foro y hace seña, á la cual salen unos criados que traen una mesa ricamente servida. Los soldados de la guardia entran por el lado opuesto y se quedan en el fondo.*)

ESCENA V.

DICHOS. DON CESAR.

Cesar. (*Magníficamente vestido.*) Qué tal, amigo don Juan? qué os parezco? creeis que he olvidado ya cómo se lleva el brocado y el oro?

Juan. No, vive el cielo... Vos siempre fuisteis un airoso y gentil caballero... Aqui teneis ya la mesa servida y los convidados á vuestras órdenes.

Cesar. Veo que sois en efecto lo que deseabais ser... una hada benéfica... vuestra varita mágica hace prodigios... Brocados de oro y vinos esquisitos! (*Examinando los vinos.*) Creo hallarme aun en mis felices tiempos... Solo echo de menos el amor. (*Alegremente.*) A propósito, cuándo es la boda?

Juan. Yo mismo voy á tener el gusto de presentaros la novia. (*Le da la mano, y vase.*)

ESCENA VI.

DON CESAR. LOS SOLDADOS.

Cesar. Ea, muchachos, á la mesa. (*Los soldados dan un paso atrás.*) No os atreveis?... yo os lo mando... A la mesa, y brindad conmigo... (*Llena los vasos, que despues van cogiendo los soldados.*) Estan aqui todos?

Duarte. Solo ha quedado abajo el que cuida de las armas.

Cesar. Pues encárgate de que no le falte vino á él tampoco... Quiero que todos queden contentos de don Cesar el aventurero... Llévale un par de botellas. (*Duarte va sirviendo los vasos, y toma las botellas que ha de bajar al cintinela de las armas.*)

Uno de los soldados á sus compañeros. No hay borracho sin fortuna... Matalobos renegaba hace poco por haberse quedado de centinela... y ahora le bajan dos botellas...

Otro. Bueno se pondrá él... es un cuero andando. (*Vase Duarte con las botellas.*)

Cesar. (*Olfateando el vino.*) Ó mi antiguo y leal amigo!... cuánto tiempo há que no has refrescado mis fauces, ni alegrado mi alma... (*A los soldados.*) Hacedme la razon, muchachos. (*Alzando la copa.*) Por la salud de la marquesa de Aveiro!

Todos. Por la marquesa de Aveiro!

Cesar. Por su pronta y feliz viudez! Bebed, valientes, bebed, y repetir conmigo la cancion del aventurero.

(*Canta.—El coro repite.*)

Uno de los soldados. Señor!... señor!... los jueces!

Cesar. Dejad paso á la justicia!

ESCENA VII.

DICHOS. LOS JUECES.

(*Salen con mucha solemnidad y se detienen en el foro; uno de ellos se adelanta con un papel en la mano.*)

Juan. Don Cesar de Portugal! (*Don Cesar saluda: los soldados se apartan con respeto.*) Don Alonso VI, rey de Portugal y del Brasil, señor de Guinea, etc. En atencion al esclarecido origen de don Cesar de Portugal, conde del Alecrim, marques de Aveiro, tengo á bien conmutarle la pena de horca á que ha sido sentenciado por contravencion á mis edictos, y muerte dada en desafio á uno de los capitanes de mis ejércitos, en la de ser pasado por las armas en el patio de la fortaleza que le sirve de prision. (*Don Cesar alza la frente y respira con desembarazo.*) «El cadáver del reo será custodiado y recogido durante la noche por dos hermanos de la orden del glorioso San Benito que le prestarán los últimos ausilios de nuestra sagrada religion. Dado en el palacio de Belen á 15 de Octubre de 1656. = Yo el rey.» (*Los jueces se retiran del mismo modo que salieron: los soldados permanecen inmóviles.*)

Cesar. (*Alegremente y como si nada hubiese sucedido.*) Tercera copla! (*Canta y el coro repite. Óyese dentro la música de un órgano.*) Mi muger! (*A los soldados.*) La marquesa! (*Los soldados vuelven á retirarse hácia el foro.*)

ESCENA VIII.

DON CESAR. DON JUAN. MAGDALENA, *cubierta con un gran velo.* DOS TESTIGOS. SOLDADOS.

Juan. (*Bajo á don Cesar.*) Ni una palabra!... Ni una mirada!...

Cesar. Mirarla!... á qué? (*Señalando al velo.*) Si eso no es velo, es una manta.

Juan. (*Alto.*) Don Cesar, dad la mano á vuestra esposa.

Cesar. (*Aparte.*) La mano!... Oh! yo sacaré por el tacto. (*Acercándose y procurando verla el rostro al través del velo.*) No he visto muger mas arropada... Va-

mos... (*Mirando al reloj y aparte.*) Faltan diez minutos... (*Bajo á Magdalena y con intencion.*) Señora, os consagro toda mi vida! (*Vase don Cesar llevando de la mano á Magdalena, que no ha levantado la cabeza, y seguido de los testigos y soldados.*)

Juan. (*Al salir dirigiéndose á un criado.*) Mandad entrar ahora al conde de Tras-os-montes y á su esposa. (*Vase don Cesar. El criado hace entrar á los condes.*)

ESCENA IX.

EL CONDE. LA CONDESA.

(*Viejos ambos, feos y ridículos. La condesa especialmente deberá salir tan fea como se pueda. Salen los dos mirando asombrados á un lado y á otro, y acaban por mirarse fija y mutuamente.*)

Conde. Dónde estamos?

Condesa. Creo que es una carcel!

Conde. Yo creo que es un convento!

Condesa. Restos de un banquete!... no es carcel! entonces!...

Conde. (*Cogiendo una botella.*) Botellas con vino todavía!... entonces no es convento!

Condesa. Los pobres presos no comen tan bien!

Conde. Los pobres frailes beben mas.

Condesa. Si será?...

Conde. (*Interrumpiéndola.*) Y qué nos importa lo que sea? Don Juan Conti nos ha dicho, subid en ese coche, id donde os lleven, y esperadme donde os dejen... Nosotros hemos obedecido ciegamente... hemos venido ciegamente... Con que aguardemos; y sentémonos... ciegamente...

Condesa. Todo eso será muy santo y muy bueno. (*Enfadándose.*) Pero es preciso caminar con tiento, amado conde mio; tu sumision á don Juan se va volviendo tan...

Conde. Tan?...

Condesa. En fin, tú con él ya no eres hombre... eres cualquier cosa... un juguete suyo, una especie de manequi cuyos brazos y piernas mueve él á su antojo.

Conde. Amada Brites, no profanes el sagrado sentimiento de la gratitud... Todo lo que somos y podemos se

lo debemos á don Juan... Rico, pero oscuro hidalgo del Alentejo, ardia en deseos de venir á brillar á la corte, y de que brillaras en ella tú, sobre todo, Gacela mia... Yo no era antes mas que el hidalgo don Vasco Riveiro Suppico do Rio y Malafaya: merced á don Juan, soy conde de Tras-os-montes y administrador de la casa de fieras del rey... cargo hereditario, que colocará bajo la dependencia de mis descendientes á los descendientes de las fieras de S. M... Agradecido á tan singulares beneficios, he jurado una adhesion suma á don Juan, y una obediencia ciega á sus mandatos, por estraños é incomprensibles que me parezcan... yo soy hombre que jamas me he metido á comprender lo que hago.

Condesa. Pero, y si llegase alguna vez á verse comprometido tu honor... ó el mio!

Conde. Detenga usiría esa lengua, doña Brites... Si tal aconteciese, me verian poner una cara mas fiera que los fieros leones que yo guardo... Aun tiene brios este brazo... (*Acercándose á ella y mudando de pronto de tono.*) Pero qué, Gacela mia... Está amenazada mi honra?... Se ha propasado algun mozalvete de la corte á entonar sus delirantes modiñas al pie de tus balcones?

Condesa. (*Con altivez.*) Conde!... quién se hubiese atrevido á tanto, habiéndome mirado una vez cara á cara?

Conde. (*Con ternura.*) Oh! es que cada vez te encuentro mas remozada y mas bella, deliciosa Brites mia... los años pasan por tí como el céfiro por las rosas, para darte vigor y lozanía... Y no creas que esto que te digo es ilusion de mi amor, puro y eterno como tu rostro... Es la opinion de todos esos amigos á quienes con frecuencia convido, y que muchas veces me han dicho saboreando mi buen vino de Oporto: «Oh! conde, qué muger teneis!... cada vez mas bella... cada vez mas fresca!...» Treinta años hace que me lo estan diciendo... y preciso es que sea verdad para que me lo digan asi, sentándose todos los dias á mi mesa y bebiéndose mi vino.

Condesa. (*De pronto.*) Silencio!... Creo que vienen!... Por fin vamos á saber...

Conde. Yo no tengo maldita la curiosidad.

ESCENA X.

DICHOS. DON JUAN. MAGDALENA.

Juan. (*Sacando á Magdalena de la mano.*) Señor don Vasco Riveiro, conde de Tras-os-montes... (*El conde se inclina.*) Conducid á vuestra hacienda de Bemfica... á la marquesa de Aveiro... vuestra sobrina...
Conde. (*Aparte asombrado.*) Eh?... Cómo?...
Condesa. (*Idem.*) Qué significa?...
Juan. (*Continuando.*) A la cual no habeis visto hace cinco años...
Conde. (*Aturdido.*) Perdonad... yo... creo que hace mas tiempo...
Condesa. (*Con precaucion.*) Es viuda?
Juan. No...
Conde. Y... el marques... su esposo? (*Magdalena escucha con ansiedad.*)
Juan. El marques, su esposo... (*Óyese á este tiempo una descarga de mosquetería.*)
Magdalena. (*Dando un grito y desfalleciendo.*) Ah!
Condesa. Qué es esto?
Conde. (*Acudiendo á sostener á Magdalena.*) Desfallece!
Juan. No es nada; un pobre soldado que pasan en este momento por las armas... (*Aparte.*) Don Cesar ha dejado de existir... y Magdalena es marquesa. (*Alto y ayudando á sacarla.*) Llevémosla de aqui.
Conde. (*Al salir.*) Qué sobrina es esta, Dios mio! (*Se la llevan por la puerta de la derecha, que cierran detras de sí. La noche habrá cerrado gradualmente.*)

ESCENA XI.

DON CESAR. DUARTE.

(*Ábrese lentamente la puerta de la izquierda, y aparece Duarte. — Noche.*)

Duarte. Nadie!... (*Va á mirar al foro. Óyese á lo lejos la voz de un centinela.*) Centinela, alerta! (*Bajo á don Cesar que le sigue.*) Huid!... hé aqui la llave de la poterna... Daos prisa!

Cesar. (*Tambaleándose como un hombre embriagado, y estregándose los ojos.*) Es un sueño lo que me pasa... Estoy vivo todavía! (*A Duarte.*) Juraría que habia oido silbar las balas!

Duarte. (*Bajo.*) Imposible... aqui las teneis todas...

Cesar. Cómo?

Duarte. Emborraché al que cuidaba de los arcabuces... y se quedó dormido como un liron durante la ceremonia... Ya sabeis que soy del oficio... y en un instante... fuera las balas... Por eso os dije al pasar: Tiraos al suelo y no os movais.

Cesar. (*Contando las balas.*) Ocho!... la cuenta está cabal... (*Metiéndoselas en el bolsillo.*) En fin, mas vale tenerlas en el bolsillo que en la cabeza.

Duarte. (*Tirando de él y con precipitacion.*) Marchad, huid de Lisboa!

Cesar. (*Trepando por el muro.*) A Dios!... (*Al tiempo de descolgarse y como por reminiscencia.*) Calla! estoy pensando una cosa. Ahora que estoy muerto, ya no tengo acreedores. (*Voz dentro.*) Centinela, alerta! (*Agáchanse los dos. Alzándose y descolgándose.*) Demonio! Pero tengo muger.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

Una quinta del conde de Tras-os-montes. La escesa pasa en un pabellon del jardin.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon aparece el jardin iluminado, y todo anuncia una gran funcion. LA MARQUESA DE AVEIRO *sentada, y rodeada de* CABALLEROS, *preside la fiesta.* DON JUAN, *sentado enfrente, no aparta de ella la vista. Otro grupo de* NOBLES *y* SEÑORES *felicita á la condesa.* EL CONDE *habla con algunos aparte. Ejecútanse varios bailes nacionales al son de una música lejana y melodiosa, que continuará durante toda la primera escena. Parejas numerosas atraviesan y circulan por las calles del jardin, en todos sentidos.*

Uno de los grandes que rodean á Magdalena. Hermosa y animada fiesta, marquesa... Esas parejas recien llegadas de Sevilla bailan con sumo primor... No es verdad, don Luis de Santarem?

Otro. Qué quereis que os conteste?... Yo no sé mirar á parte alguna estando al lado de la marquesa.

Magdalena. (*Que estaba absorta.*) Qué deciais, don Luis?... Estaba distraida. (*El caballero se inclina y continúa hablándola en voz baja.*)

Un hidalgo. (*Al conde de Tras-os-montes.*) Es la verdad pura, amigo mio, doña Brites se conserva siempre moza.

Otro. Y siempre bella.

Condesa. (*Con modestia.*) Callad, por Dios, señores, que me hareis sonrojar.

Conde. (*Estasiado y aparte.*) Tambien estos!... todo el mundo es de la misma opinion. (*A los dos caballeros.*) Señores, espero que me hareis la honra de venir mañana á comer á mi casa... Os haré probar un escelente vino de Oporto.

Juan. (*Para sí y mirando á Magdalena.*) Cavilosa!... preocupada... asi deseo verla.

Conde. (*Acercándose á él.*) Qué estais mirando tan atentamente, señor?

Juan. Contemplo y admiro mi obra... y la vuestra tambien, conde... porque me habeis ayudado maravillosamente... (*Mirándola siempre.*) Mirad qué presto la jóven humilde y oscura, se ha trasformado en una noble y apuesta dama... con qué facilidad Magdalena la gitana ha venido á ser la marquesa de Aveiro... Nadie diria por sus modales y su lenguaje, sino que habia nacido en esa clase... Creo, Dios me perdone, que si antes recorria cantando las plazas y calles de Lisboa, era solo por un capricho de la suerte, y que nosotros la hemos dado el lugar que la corresponde.

Conde. Yo tambien creo todo lo que vos creeis.

Juan. Este buen conde de Tras-os-montes tiene un tacto!... Qué tal van las fieras de S. M. Fidelísima?

Conde. Estoy muy contento de ellas... comen mucho.

Juan. Merced á vuestra vigilancia y esmero seguramente... El conservador de los pájaros y azores del rey es muy viejo... Ya sabeis que aneja á ese cargo está la custodia de los falderillos de nuestra augusta señora, la reina... Si os conviniese ese empleo...

Conde. Ah! señor!... Ciertamente un empleo de tanta confianza...

Juan. Sois acreedor á ella. (*Bajo y señalando á la condesa.*) Pero ved qué hablan esos dos señores que no se apartan de la condesa... Andad con tiento, don Vasco... Vuestra esposa parece cada dia mas jóven y mas hermosa. (*Le deja y se acerca á Magdalena.*)

Conde. (*Con júbilo.*) Tambien él.

Condesa. Sois un adulador. (*A uno de los señores.*)

Juan. (*A Magdalena.*) Os veo pensativa y cavilosa, á

pesar de la fiesta!... Las distracciones que el conde se afana en procuraros no logran disipar la tristeza que en vos observo de algun tiempo á esta parte... Sin embargo, nada falta en esta funcion...

Magdalena. (*En voz baja y con sentimiento.*) Perdonad, don Juan... si para vos nada falta, para mí falta alguno.

Un criado. (*Acercándose á don Juan.*) Señor... ahi está ya esa persona...

Juan. Bien... (*Bajo al conde.*) Llevaos de aqui toda esta gente.

Conde. Al instante. (*Alto.*) Señores, tened la bondad de pasar á los salones... hallareis refrescos y dulces, una mesa dispuesta con arreglo al delicado gusto de la corte de Versalles.

Juan. (*Bajo á Magdalena, y con intencion.*) Os he dicho que nada falta en esta fiesta... entendedlo si quereis, señora... (*Al conde al salir.*) No la dejeis salir de aqui. (*Vase.—Todos los demas personages habrán ido retirándose.*)

ESCENA II.

EL CONDE. MAGDALENA. LA CONDESA.

Magdalena. (*Reflexionando.*) Qué me ha querido decir? Nada falta en esta fiesta... Habeis oido vos lo que me ha dicho don Juan?

Conde. No... pero debe ser una gran cosa.

Magdalena. Nadie!... Oh! no, me engañan aun... se estan burlando de mí... Todo es misterio desde mi singular casamiento... Me dijeron que debia á la reina mi engrandecimiento, que me habia ennoblecido para tenerme cerca de ella... y cuando les he ido á pedir que me lleven á sus pies para darla las gracias, me han contestado... «mas tarde: S. M. se halla ahora en el palacio de Cintra...» Cada vez que me oigo llamar marquesa me estremezco, y pregunto cuándo volverá de su largo destierro el esposo que me dieron en la sombría capilla de una prision... mas tarde, me responden tambien... Oh! no hay duda, me engañan... no es verdad, señor conde, me engañan?

Conde. Quién? Don Juan? Imposible!... No sabeis que está muy contento... y que me ha prometido hacerme conservador de los falderos de S. M.?

Condesa. Sois muy impaciente, sobrina... Ó teneis confianza en vuestro marido ó no la teneis... Si la teneis...

Conde. (*Bajo y de prisa.*) Gacela mia! mira lo que dices!...

Condesa. Si es verdad! apurarse tanto por la vuelta de un marido, á quien no se ha visto, á quien no se conoce...

Magdalena. Olvidais lo que le debo, señora; olvidais que ese hombre, ese marido no ha vacilado en serlo mio á pesar de mi pobreza?... no ha reparado en mi humilde clase, y me ha dado su título y su nombre?... Oh! ese noble rasgo me dice que cualquiera que él sea, debe ser bueno y generoso. Ademas, nos casaron en una prision, y eso me prueba que es desgraciado, y que en este momento lo es mas todavía, pues se ve obligado á vivir lejos de su patria, lejos de mí... Decid, señora, no os parece que debo amarle por la doble razon de que es bueno y desgraciado? (*Con resolucion.*) Oh, no quiero vivir por mas tiempo en esta duda, en esta incertidumbre!... Quiero hablar á don Juan para que me conteste al fin á estas palabras: cuándo veré á la reina? cuándo veré á mi esposo?

ESCENA III.

DICHOS. DON JUAN.

Juan. (*Que ha oido las últimas palabras.*) Hoy, señora.

Magdalena. Hoy! (*Con ansiedad.*)

Conde. (*Aparte.*) Hoy! (*Bajo á don Juan.*) Con que no ha muerto?

Condesa. (*A don Juan.*) Pues no nos deciais?...

Juan. Silencio! (*Bajo.*)

Magdalena. (*Con ansiedad.*) Don Juan... yo he oido mal... no es verdad?

Juan. Dominad esa agitacion y escuchadme, Magdalena.

Conde. (*Aparte.*) Gracias á Dios que voy á saber alguna cosa!... (*El y la condesa se acercan á escuchar.*)

Juan. Conde, y vos, señora... (*Les hace seña de que se retiren.*)

Conde. Quedamos enterados! (*Mira atónito á su muger, que le hace un gesto de despecho, y ambos se retiran despues de saludar.*)

Magdalena. Ya estamos solos! Hablad, hablad, por piedad... Mi marido...

Juan. Está aqui... cerca de vos... Pero se ve obligado á ocultarse á los ojos de todos mientras pese sobre él la terrible sentencia que le condena... ha vuelto solo por vos, y solo vos podeis verle.

Magdalena. (*Con viveza.*) Oh! nosotros le buscaremos un asilo!... Pero dónde está?

Juan. Vedle. (*Aparece el rey.*)

ESCENA IV.

DICHOS. EL REY.

Magdalena. (*Retrocediendo á su vista y dando un grito ahogado.*) Cielos!

Rey. Magdalena!... Magdalena!... me conoceis?

Magdalena. (*Aparte y como sobrecogida.*) El!... era él!... el embozado que me seguia á todas partes, y cuyo aspecto me aterraba.

Rey. (*Con pasion reprimida.*) No conoceis al hombre que os perseguia sin descanso, y cuyas miradas jamas se apartaban de vos? al que silencioso y encubierto os contemplaba lleno de tristeza en medio del pueblo alborozado, cuando recorriais cantando las calles de Lisboa?

Magdalena. (*Haciendo un esfuerzo.*) Sí, os conozco, señor.

Rey. Siempre os he amado con delirio, Magdalena!... desde que os vi!... para mí no ha habido placer ni alegría desde entonces sino donde vos estabais!... Oh!... era preciso acortar la distancia que habia entre vos y yo... Era preciso que los dos fuésemos pobres, ó ricos y nobles los dos!

Juan. (*Temiendo que el rey se descubra.*) Y el proscripto don Cesar no podia ofreceros sino la única cosa de que no habia sido despojado... su ilustre nombre... Hecho esto, era preciso separaros.

Rey. Pero al fin os he vuelto á ver... Oh! por favor, por piedad, una sola palabra que sea una esperanza, una esperanza de amor!... y mi soberana, la reina de mi albedrío sereis vos!... mi patria, el sitio en que habiteis!... No viviré en adelante sino por vos y para vos!

Juan. (*De pronto.*) Don Cesar... tener cuidado... hay funcion en la quinta... y de un momento á otro...

Rey. Sí, importa que nadie sospeche mi regreso!... Pero ya que esté obligado á ocultarme aun, podré al menos veros y amaros en secreto... puedo ser dichoso lejos de las miradas del mundo... Partiremos juntos, Magdalena!

Magdalena. Juntos!

Rey. A corta distancia de Lisboa, cerca de Cintra, hay una casita aislada, conocida de pocos, é invisible casi en el espesor de un bosque sombrío... os llevaré á ella.

Juan. Daos prisa!

Rey. Sí... venid, Magdalena... partamos.

Magdalena. (*Con terror.*) Partir!

Rey. Vacilais?...

Magdalena. (*Con temor.*) Partir asi... tan de repente... sin decir una palabra al conde?

Rey. Os negais á seguirme, Magdalena?

Juan. La marquesa tiene razon, es preciso que despida antes á sus convidados. Despues os seguirá, don Cesar, yo os lo fio.

Rey. (*Con voz suplicante.*) Magdalena... un carruage os aguarda al estremo de este jardin... una casa en el fondo del bosque, y vuestro amante... (*Movimiento de don Juan.*) vuestro esposo estará sin vida hasta que os vea en ella...

Juan. Creo que vienen... marchad... marchad. (*Vase el rey precipitadamente por la izquierda. Aparece la condesa, que á una seña de don Juan se lleva á Magdalena.*)

ESCENA V.

DON JUAN, *lleno de júbilo.*

El rey tendrá una nueva querida... y la reina se vengará del rey... Por fin, gracias á mi audacia y á mi habi-

lidad he logrado vencer la resistencia y la voluntad de todos ellos... Vengan ahora nuevos é inesperados obstáculos; yo sabré destruirlos. (*Aparece por el foro un fraile, con la capucha echada, que se acerca con humildad. Al llegar cerca de don Juan, que va á contestar á su saludo, se arranca la barba, y echándose atrás la capucha, dice:*)

ESCENA VI.

DON JUAN. DON CESAR.

Cesar. (*Con tono jovial.*) Buenas noches, amigo... soy yo!

Juan. (*Como herido de un rayo.*) Don Cesar!... será posible!... Vos!... no estais muerto!...

Cesar. Asi parece... qué tal va de salud? la mia perfectamente.

Juan. (*Consternado.*) Vivo!... vivo!... quién os salvó!

Cesar. (*Quitándose el hábito.*) Quién! Toma! vuestra varita mágica!

Juan. Qué decís?

Cesar. Sí, la cual rompió la cuerda que amagaba mi cuello, y hundió en las entrañas de la tierra la horca que me tendia los brazos.

Juan. Yo mismo os vi marchar al suplicio despues de vuestro casamiento...

Cesar. Si... pero iba tranquilo y risueño, porque me parecia imposible que mi buena estrella me abandonase en el momento mas interesante. Asi fue que al ponerme frente de los soldados, al verlos aplicar la mecha, y al creer que iba á recibir en el pecho ó la cabeza una media libra de plomo... incivil y destructor... (*Deleitándose.*) me encontré agradablemente sorprendido con una rociada de fuego que agitó muellemente mis cabellos, y chamuscó mis barbas... Viendo lo cual, me dejé caer... con gracia y dignidad, como todo buen caballero debe morir.

Juan. Con que asi os salvásteis?

Cesar. Me eché al suelo por política... y por no hacer un feo papel... Creí morirme de veras! Me equivoqué; no fue sino un sueño, y al cabo de dos horas me en-

contraba tan sano y tan bueno en casa de Juan Morales con una botella en la una mano, y una baraja en la otra... Amigo don Juan, veo que sois en efecto hechicero.

Juan. (*Aparte con rabia.*) Oh! me han vendido!... Pero quién habrá sido? quién?

Cesar. (*Sentándose sin ceremonia.*) Hola! parece que tenemos gran fiesta... qué es lo que se celebra? el regreso del marido, ó la resurreccion del muerto? Yo soy lo uno y lo otro.

Juan. Qué decís!...

Cesar. Oh! no os he contado el fin de la historia... aun no estais al cabo de todas las maravillas y milagros que me han pasado. Pues como iba diciendo, me hallaba ayer sentado á cierta mesa entre un marino y un fraile, cuando acertó á pasar por delante de la casa en que estabamos, una carroza, y en ella dos damas ataviadas. La una... era jóven y hermosa!... la otra... (*Deteniéndose.*) No quiero acordarme mas que de la primera... (*Estasiándose.*) Era tan bella! Tenia la frente pura de un angel, y el dulce mirar de una vírgen!... Quedéme contemplándola... sin moverme... sin hablar... absorto en mi enagenamiento, hasta que uno de mis compañeros me dijo tocándome en el hombro: «Vos, que sois noble, podeis decirme qué armas son esas?» Miro... eran las mias!... Quién es esa muger de la carroza? grité entonces á un mozo del campo que pasaba. Es la marquesa de Aveiro, que va á la quinta de Bemfica!

Juan. (*Aparte.*) Fatal acaso!

Cesar. Al oir aquello salté de mi asiento... Recordé instantáneamente el contacto de cierta mano suave y fina que habia sentido el dia que vos sabeis... y eché á correr detras del carruage... —Cuando llegué á la quinta era de noche, y un lacayo insolente me dió con el porton en los hocicos gritando descortesmente: «Largo de ahí...» Me retiré mohino y apesadumbrado... He andado vagando toda la noche al rededor de la casa... porque (*En tono de confianza.*) no tengo vergüenza en confesároslo;... por la primera vez de mi vida he sentido en mi alma lo que es amor... oh! sí, la amo... —Amaneció por fin; abriéronse de nuevo las puer-

tas de la quinta, negáronme otra vez la entrada, fuí á buscar ese disfraz... y aquí me teneis!...—Dónde está mi muger? responded pronto, porque el aire este no es muy sano para mí... Estoy vivo, es verdad; pero no se me ha olvidado que me hallo sentenciado á muerte.

Juan. (*Aparte con alegría.*) Ah! ignora que fue perdonado! (*Alto y con calma.*) Y cuáles son vuestros designios, don Cesar?

Cesar. (*Riéndose.*) Quereis decirme para qué se casan las gentes en Portugal... Estoy casado, sí ó no?... sí... Mi muger es bonita... y yo la amo como un loco. Es mia, me pertenece... quiero que me la deis.

Juan. (*Aparte.*) Y habré de ver todos mis cálculos desvanecidos de este modo!

Cesar. Vos me la disteis... y vos me respondeis de ella... Don Juan, dónde está mi muger?

Juan. (*Que ha estado cavilando.*) No, no será, vive el cielo!

ESCENA VII.

DICHOS. EL CONDE.

Conde. Por vida mia! no he visto convite mas animado!... no cesan de brindar á la salud de la marquesa de Aveiro, de mí...

Cesar. (*Vivamente.*) La marquesa?... mi muger? dónde está?...

Conde. (*Estupefacto.*) Cómo?... Vos sois don Cesar? Don Cesar... el que se murió...

Juan. (*Bajo al conde.*) Ni una palabra mas!... y cuidado con manifestar la menor estrañeza por lo que aquí suceda. No teneis necesidad de comprenderlo. (*Alto y afectando resignacion.*) Don Cesar, vuestros derechos son sagrados, y nadie os los piensa disputar. La marquesa de Aveiro, vuestra esposa, va á venir al instante... (*Con intencion.*) Aguardad. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DON CESAR. EL CONDE. *A poco* DON JUAN *y* LA CONDESA.

Cesar. (*Enagenado.*) Va á venir!... voy á verla!... ra-

diante de hermosura y juventud!... Ah! quien quiera que seais, caballero, estaos aqui, á mi lado, para sostenerme si el placer y la alegría me hacen perder el sentido.

Conde. Contad conmigo... si no pesais mucho. (*Vuelve á salir don Juan, sacando á la condesa de la mano.*)

Juan. (*Despues de haber apretado la mano á la condesa y hecho una seña á su marido.*) Don Cesar, aqui teneis á la marquesa de Aveiro!

Cesar. (*Retrocediendo.*) Misericordia!

Conde. (*Aparte.*) Le da mi muger!

Cesar. Es la otra... (*Consternado.*) Era eso lo que ocultaba aquel velo maldito!

Juan. (*Acercándose á él y en voz baja, en tanto que el conde y su muger se miran de lejos y se hacen señas.*) Pobre insensato!... que ve pasar dos mugeres en un carruage... que oye decir que una de ellas es la marquesa de Aveiro... y no se le ocurre preguntar si le hablan de la jóven... ó de la otra!... (*Apretándole la mano y con tono de compasion.*) Pobre mozo!

Cesar. (*Bajo al conde.*) Decid, amigo... por qué lado se sale mas pronto de esta casa?

Juan. (*Continuando.*) Don Cesar, teneis delante de vos á la marquesa de Aveiro, que está pronta á cumplir todos sus deberes con el esposo que reclama sus derechos.

Cesar. (*Balbuciente.*) Perdonad... he dicho todos? Me pareció no haber dicho... (*Bajo á don Juan.*) No teneis por ahi aquellos doce arcabuceros? No? Lo preferiria á esto... (*Bajo al conde.*) Pero miradla por Dios, amigo... Es una espantosa vieja!

Conde. (*Aparte.*) Qué es lo que dice?

Juan. La marquesa está pronta á seguiros.

Cesar. (*A la condesa.*) No, tranquilizaos, señora. Creeis que soy un rústico que ignora los miramientos, el respeto que se debe á una señora?... no por cierto... yo soy un caballero... no reclamo, no exijo nada. (*Bajo al conde.*) Miradla... Si es un feo que hace saltar las lágrimas!

Conde. (*Aparte.*) Uf!... no sé cómo me contengo.

Cesar. No, señora, no; solo despues de muchos años, algun dia... (*De pronto.*) tal vez osaré... (*Aparte.*) No,

de cierto no osaré nunca... (*Bajo al conde.*) Pero vos, mi buen señor... vos, que sois casi tan viejo como ella... no podriais tomarla por muger...

Conde. (*Fuera de sí.*) Ah! esto ya pasa de raya!... Señor mio, si no os agrada, callad al menos y no desanimeis á los demas.

Cesar. (*Desesperado.*) Y qué les importa á los demas?... hasta dicha tienen en no importarles.

Juan. (*Con fuerza.*) Ea! basta de enredos y de fingimientos... hablemos sin rebozo. (*Bruscamente.*) Don Cesar, lo que aqui necesitabamos era vuestro nombre, vuestros títulos... nada mas... El marido que en vos se buscaba, era el hombre que no tenia mas que dos horas de vida.

Cesar. (*Aparte y mirando á la condesa.*) Menos digno de lástima era entonces que ahora.

Juan. La marquesa, vuestra esposa, no os ama.

Cesar. (*Aparte.*) En eso al menos hay simpatía.

Juan. Por lo tanto, aun puede arreglarse todo haciendo un convenio... Vuestra esposa es rica, muy rica, y vos no teneis nada.

Cesar. La cuenta es exacta.

Juan. Se os señalará una renta de seis mil cruzados... que podreis disfrutar donde gusteis y de la manera que gusteis... (*De pronto.*) como no sea en Lisboa... (*Con intencion.*) Si jurais renunciar á todos los derechos que os da este casamiento...

Cesar. (*Con viveza.*) A todos!... lo juro!

Juan. Si escribis y firmais al instante lo que voy á deciros.

Cesar. (*Sentándose.*) Escribo y firmo... Dictad.

Juan. (*Dictando.*) «Yo, don Cesar de Portugal, marques de Aveiro... me obligo bajo mi palabra y fé de caballero... á salir de Lisboa... á no poner mas en ella los pies, á no volver á ver á la marquesa de Aveiro, mi muger.»

Cesar. (*Aparte.*) Y me da seis mil cruzados por esto!... Doce mil le hubiera dado yo! (*Alto, escribiendo.*) «Mi muger.»

Juan. (*Continuando.*) «Y á no reclamar jamas mis derechos de esposo...»

Cesar. Jamas!

Juan. Firmad!

Cesar. (*Firmando.*) Don Cesar de...

Un criado. (*Que pasa por el foro.*) La litera de la señora marquesa de Aveiro! (*Don Cesar se detiene.*)

Juan. Firmad; que os detiene? (*Magdalena pasa por el foro seguida de caballeros y otros personages de la fiesta.*)

Cesar. (*Reconociéndola.*) Es ella!

Uno de los caballeros. (*Acercándose á Magdalena.*) Permitid, señora marquesa, que os dé la mano hasta entrar en la litera.

Cesar. (*Haciendo pedazos la pluma.*) Me engañaban! (*Magdalena desaparece: don Cesar quiere lanzarse tras ella.*)

Juan. (*Cerrándole el paso.*) Teneos, don Cesar... (*Señalándole el papel.*) Acabais de jurar por vuestro honor, por vuestra palabra de caballero...

Cesar. (*Rasgando el papel.*) Era un juramento arrancado con engaño... y ved lo que hago con él. (*Quiere marcharse.*)

Juan. (*Deteniéndole de nuevo.*) Don Cesar... acordaos que pesa sobre vos una sentencia de muerte... y que yo, don Juan Conti, valido del rey, y su primer ministro, no tengo mas que pronunciar una palabra para que esa sentencia se cumpla!

Cesar. Pronunciadla pues; ahora comprendo vuestras infames maquinaciones; pero no me propongais por mas tiempo esos vergonzosos tratos, porque si vos sois bastante vil para hacérmelos, yo soy demasiado noble aun para aceptarlos!

Juan. Ved lo que haceis!... Un solo paso para descubrir á esa muger... un paso no mas... os conduce á la muerte!

Cesar. Venga la muerte pues; pero entre tanto, hacedme paso. (*Empuja con fuerza á don Juan, y vase precipitadamente.*)

Juan. Diez alguaciles en busca de ese hombre... dadle alcance, y matadle si se resiste. (*Movimiento general.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

Acto cuarto.

Una sala. Al foro un gran balcon practicable que da á los jardines. Puertas laterales. En la mesa dos candelabros encendidos.

ESCENA PRIMERA.

DUARTE.

Todo está dispuesto... Don Juan cumplió su palabra y yo debo servirle con lealtad... Pero por qué serán tantos misterios?... El amo ha mandado comprar secretamente esta casa, á dos leguas de Cintra... me encarga tenerla corriente, y á poco, una muger que no conozco viene á instalarse en ella... (*Baja la voz y con misterio.*) Yo creia, señor don Juan, que en vuestro corazon no cabia mas que un amor; amor insensato; criminal, que nadie sospecha sino yo!... Tendreis por ventura alguna otra pasion?... allá veremos...—Me ha dicho que aguarde... aguardaré.

ESCENA II.

DUARTE. DON JUAN.

Juan. Ha venido alguien?

Duarte. Si señor... una dama que se ha encerrado en ese cuarto.

Juan. El carruage y los criados?

Duarte. Se volvieron á marchar en seguida.

Juan. Bien está.

Duarte. Quereis que pase recado?

Juan. No... no avisarás mi llegada... ni la de otra persona que va á venir.

Duarte. Otra persona!

Juan. (*Mas bajo.*) Ayer me acompañaste al palacio de Cintra?

Duarte. Como os acompaño siempre... Sí señor.

Juan. Un gran personage se acercó á mí y me saludó con estas palabras: guárdeos Dios, don Juan... Si volvieses á ver á esa persona, la conocerias?

Duarte. No la habia de conocer!... su retrato se encuentra en todas las monedas de Portugal, con el nombre al rededor!

Juan. Silencio!... Haz por recordar la cara y olvidar el nombre... Esa persona es la única que debe penetrar aqui esta noche.

Duarte. Y si alguna otra quisiera entrar?...

Juan. Te negarás á abrir... Si se resisten, si te amenazan, ahí tienes un mosquete.

Duarte. Ya sabeis que sé manejarle.

Juan. Bien... déjame ahora. (*Vase Duarte.*)

ESCENA III.

DON JUAN.

El tal don Cesar!... Cómo lograria escaparse de las garras de la muerte?... Si acierta á presentarse algunas horas antes desbarata todos mis proyectos, hace abortar todas mis esperanzas!... en el momento en que van á tocar á su término!... Sí, esta noche, ó nunca!... Mi plan está bien combinado... Bajo pretesto de una cacería nocturna, S. M. ha dejado á Cintra y vendrá aqui dentro de poco... Pero mientras el rey Alfonso VI supone á su augusta esposa en Lisboa, un secreto aviso participará á la reina que la engañan, y que esta noche, en Cintra, un vasallo fiel la manifestará las pruebas de la infidelidad del rey... Vendrá... y deberé al despecho, al resentimiento de la muger ofendida, lo que hasta aqui no he podido conseguir de la

desdeñosa altivez de la reina!... En cuanto á don Cesar, deberá hallarse preso á estas horas, y ya nada tengo que temer de él... (*Oyese dentro rumor lejano de caza, etc., etc.*)

ESCENA IV.

DON JUAN. MAGDALENA.

Magdalena. (*Saliendo.*) Qué ruido será este?... Ah! Don Juan... aqui!

Juan. He querido cerciorarme por mí mismo de que mis órdenes habian sido fielmente ejecutadas, y de que nada os hacia falta.

Magdalena. (*Con tristeza.*) No, nada... Os lo agradezco, don Juan.

Juan. Ya veis que vuestros dorados sueños se han realizado... Poseeis un brillante título... y en breve sereis objeto de los obsequios y de la admiracion de la corte. Creeis ahora en mis predicciones?... Os acordareis algun dia, Magdalena, de que yo cumplí mi promesa?

Magdalena. No lo olvidaré nunca, don Juan... y mi gratitud sobrevivirá á mis pesares... Porque vos no sabiais que la marquesa de Aveiro se arrepentiria tan pronto de los desvarios de Magdalena.

Juan. Qué decis!... arrepentimiento!... lágrimas!...

Duarte. (*Saliendo.*) Señor!... ahi está.

Juan. (*A Duarte.*) Silencio! (*Alto.*) Vuestro esposo, señora.

Magdalena. (*Con terror.*) Él! (*Sale el rey.—Don Juan saluda respetuosamente y vase por el foro, haciendo una seña á Duarte, que se retira por la puerta de la derecha.*)

ESCENA V.

MAGDALENA. EL REY.

Rey. (*Aparte.*) Solos!... por fin logro estar solo con ella!

Magdalena. (*Aparte.*) Dios mio!... estoy temblando!

Rey. Por qué os apartais tanto de mí, señora?

Magdalena. Perdonad... es que...

Rey. Os habeis puesto pálida! (*Cogiéndola una mano,*

que estrecha entre las suyas.) Vuestra mano está helada!

Magdalena (*Retirando rápidamente la mano.*) Señor marques!

Rey. Qué teneis?

Magdalena. Sí, estoy en efecto muy turbada... muy conmovida... pero esta turbacion, esta zozobra no deben sorprenderos!... nuestro casamiento ha sido tan raro... tan singular, que nada debe estrañarnos al uno ni al otro... Perdonad lo que en vuestra presencia siento, y lo que voy á deciros... Señor marques (*Con recelo.*) tengo miedo de vos...

Rey. Miedo de mi?... Correspondeis con temores y desvío al cariño de vuestro esposo? (*Con autoridad.*) Quisiera por Dios saber... (*Dominándose y con cariño.*) Quisiera qne me dijeseis, Magdalena, por qué temblais asi á mi lado.

Magdalena. Teneis un modo de mirar tan severo, tan imponente... que me haceis recordar, á pesar mio, la distancia que nos separa... vuestra elevada clase y la humildad de la mia... No puedo acostumbrarme á hablaros como á un marido... y apenas me atrevo á fijar mis ojos en los vuestros... en fin... tengo miedo de vos!

Rey. Y si yo me esforzase en pareceros risueño al través de mi sombría tristeza?... Si mi imponente y severa mirada... se tornase para vos blanda y sumisa... no lograria obtener al fin un poco de confianza, un poco de ternura y abandono?... Don Juan me ha asegurado que aguardabais mi regreso con impaciencia... Segun veo, don Juan me ha engañado!

Magdalena. No, señor marques, no es á vos á quien han engañado, sino á mí.

Rey. Cómo?

Magdalena. Voy á revelároslo todo... Yo tenia deseos de conocer á mi marido, y he preguntado á las personas que me rodeaban, á mis criados, por ese marques de Aveiro, cuyo título lo es tambien mio.

Rey. Y qué os han dicho?

Magdalena. Me han dicho, que arruinado, proscripto, abandonado por los de su clase, recorria el mundo, hecho un aventurero... pero que habia sido siempre

altivo, generoso y noble... me han dicho que viéndose miserable se habia entregado cuerpo y alma al juego, fijando en las probabilidades de la suerte sus únicos recursos; pero que siempre se habia conducido con hidalguía... que era quimerista, y reñia muchas veces sin motivo, pero muchas mas todavía por defender y protejer á los débiles... Qué quereis que os diga? esa vida azarosa, esa rara mezcla de abandono y aturdimiento, de valor, generosidad y miseria, tenia á mis ojos cierto encanto, en pós del cual me dejaba arrastrar pensando en lo pasado y en el porvenir... Porque yo tambien he sido pobre, y me he visto sola y abandonada... El adivinará lo que pasa en mi alma; pues ha sido miserable y desgraciado como yo, me decia á mis solas... él comprenderá el tedio que me devora en este palacio... Y ardia en deseos de que volviese, y cuando pensaba en su vuelta, sentia latir mi corazon con violencia!... Habeis vuelto vos... os he visto... os miro... y no os conozco... Vos sois grave, imponente, severo... En fin, yo sentia que iba á amarle, y... siento que os tengo miedo!

Rey. (*Con ternura.*) Pues bien, si para que ameis á vuestro esposo se necesita que él se muestre gozoso y aturdido... dejad brillar en vuestros labios una sonrisa, hermosa Magdalena... y la felicidad de que habreis inundado mi alma se reflejará en mi rostro.

Magdalena. (*Separándose de él, que quiere estrecharla entre sus brazos.*) En nombre del cielo, señor marques!

Rey. (*Con cólera mal reprimida.*) Todo lo veo y lo adivino, señora!... Vuestra esquivez me dice claramente que otros corazones antes que el mio os han amado, otros labios antes que los mios os lo han dicho... Algun otro mas afortunado que yo... (*Con amargura.*) cuyo rostro no era tan severo, cuyas miradas no eran tan imponentes, no es cierto?... Y eso es lo que os obliga á rechazar ahora á vuestro esposo... (*Apoyando en estas palabras.*) á vuestro señor y dueño!...

Magdalena. (*Abatida y resignada.*) Sí, teneis razon, señor marques... á vos os toca mandar, á mí obedecer... (*Inclinando la cabeza.*) Sois mi dueño y señor. (*Saluda y vase.*)

ESCENA VI.

EL REY. *A poco* DON CESAR.

Rey. Triunfé por fin... por temor ó cariño... contenta ó resignada... va á ser mia!... (*Va á entrar en el cuarto de Magdalena: óyese al mismo tiempo un tiro de arcabuz dentro, y don Cesar salta del balcon á la escena.*) Un hombre! (*Retírase un poco hácia el foro, y don Cesar baja al proscenio de modo que no le ve.*)

Cesar. Me gusta el modo de recibir á la gente!... A quién le deberé tan ruidosa acogida? (*El rey vuelve á bajar hácia el proscenio observando á don Cesar.*)

Duarte. (*Apareciendo en el balcon del foro con un arcabuz en la mano.*) Don Cesar!... era don Cesar! (*Desaparece.*)

Cesar. Eh?... (*Vuélvese y repara en el rey.*) Perdon, amigo, no habia tenido el gusto de veros...

Rey. De qué proviene, señor mio, que os veo entrar por ese balcon?

Cesar. Proviene de que la puerta está cerrada.

Rey. Despachemos... Qué quereis?

Cesar. Ah! si teneis prisa porque despache, no me pregunteis lo que quiero... porque no acabaria nunca de contestaros.

Rey. Pero, hablad pronto, qué motivo os trae aqui?...

Cesar. Me trae una muger que he visto á la luz de la luna en uno de los bolcones de esta casa... y á la cual quiero ver de cerca...

Rey. Una muger!

Cesar. He llamado á la puerta... no han querido abrirme... y como tenia empeño en entrar, me he resignado á trepar por el balcon... yo no sé quién tuvo entonces la peregrina idea de dispararme un tiro... No era esta por cierto la hospitalidad de los tiempos antiguos!... (*Quítase el sombrero, y cae de él una bala.*) Hola! la bala se ha venido á conversar con mi sombrero!

Rey. Y con qué derecho penetrais en esta casa?

Cesar. Caballero... podeis imaginaros que si yo tuviera derechos, los hubiera hecho valer antes que me tirasen... Deseo ver á esa dama, y nada mas.

Rey. (*Con tono brusco.*) Pues yo no quiero que la veais.
Cesar. Vos!... y quién sois vos?...
Rey. El amo de esta casa.
Cesar. El amo de esta casa... en que se encuentra la marquesa de Aveiro?...
Rey. (*De pronto.*) La conoceis?
Cesar. Muy poco... no la he visto mas que dos ó tres minutos... Pero si esa señora vive aqui, y esta casa es vuestra... quién sois vos?
Rey. (*Con altanería.*) Yo soy... (*Madando de tono y dirigiendo una mirada al cuarto de Magdalena.*) Soy el marques de Aveiro. (*Se sienta.*)
Cesar. (*Atónito.*) El... el marques de Aveiro!... (*Aparte.*) Por Dios trino y uno! Mi familia se deja atrás al ave fenix!... porque el Aveiro que murió era uno, y resucitan dos de sus cenizas!
Rey. Ea, ya os he dicho quién soy... decidme ahora vos cuál es vuestro nombre.
Cesar. (*Aparte.*) Vive el cielo que no he visto embustero mas descarado, y voy... (*Duarte aparece en el balcon.*)
Duarte. (*Bajo.*) Chit!
Cesar. (*Id.*) Duarte!
Duarte. (*Id.*) Es el rey. (*Desaparece.*)
Cesar. (*Quitándose el sombrero.*) El... el rey aqui!... á estas horas!... Y mi muger... Ah! ya entiendo.
Rey. Acabareis de contestar... quién sois?
Cesar. Quién... soy?
Rey. Titubeais!... parece que la pregunta os pone en aprieto?
Cesar. Y tanto!... no puedo negarlo... (*Aparte.*) Quién diablos quiere que sea, si él es ahora yo?
Rey. Vuestro nombre al punto, quiero saber vuestro nombre!
Cesar. Pues bueno!... Si vos sois don Cesar de Portugal... (*Poniéndose resueltamente el sombrero.*) yo soy el rey don Alfonso VI.
Rey. Cómo habeis dicho?... el rey?...
Cesar. Don Alfonso VI de Portugal... y del Brasil.
Rey. Vos sois el rey de Portugal!
Cesar. (*Sentándose y arrellanándose.*) Como vos sois el marques de Aveiro... Sí, por cierto, ni mas ni menos... Ah! os maravilla ver á S. M... quiero decir, á

mi magestad Alfonso VI, sin escolta ni comitiva, en medio de la noche, y al lado de una muger que no es la suya... Qué quereis, don Cesar... mi magestad se fastidiaba, mi magestad viene á distraerse... Oh! es preciso que esta travesurilla real no se trasluzca fuera de aqui... pero me parece que puedo vivir descuidado... no sereis vos ciertamente el que vaya á divulgar este secreto.

Rey. (*Aparte.*) Insolente!... Pero quién será este hombre?

Cesar. Ah! ahora caigo!... Yo tengo largas noticias de ese don Cesar que sois vos... le conozco mucho... Conozco á todos mis vasallos... Ese don Cesar es un mozo valiente y animoso, segun me han asegurado... cumplido caballero, á lo que dicen... y travieso como el diablo, si hemos de dar crédito á su fama... (*Levantándose.*) Pero si no me engaña la memoria, el tal don Cesar mató en desafio á un capitan de mi guardia... Ese don Cesar ha sido juzgado, sentenciado y ajusticiado... A estas fechas, es ó debe estar difunto, y vos que os veo ahí sano y bueno venís ahora á decirme: me llamo don Cesar! (*Cruzándose de brazos.*) Con qué derecho vive usarcé, señor mio? Hola! hola! Sois don Cesar, y venís á decírmelo en mi cara... Sabeis que si diese una voz todo buen portugués tendria obligacion de quitar la vida al que delante de su rey declara ser don Cesar de Portugal... (*Con mucha calma.*) Pero no tengais cuidado, no daré la voz.

Rey. (*Que le ha estado escuchando tranquilamente.*) V. M. olvida algo.

Cesar. Qué es lo que mi magestad olvida?

Rey. (*Marcándolo.*) Olvida que don Cesar de Portugal fue agraciado por el rey, que le perdonó la vida... La gracia fue firmada á las ocho de la misma noche en que debia ser ajusticiado, y se conserva en los reales archivos.

Cesar. (*Aparte.*) Ah! con que fuí agraciado! (*Alto.*) El perdon se firmó á las ocho... una hora despues del suplicio!... Ah! con que le otorgué mi perdon!... Ah! con que fuí generoso y clemente... una hora mas tarde de lo regular... (*Aparte.*) No me pesa saberlo!

Rey. Ya veis que sería inútil que dieseis voz alguna.

Cesar. Tan inútil como adornarme con un título que no me pertenece...

Rey. Ah! luego confesais no ser...

Cesar. El rey don Alfonso?... lo confieso... De todos modos, vos lo habriais sorpechado ya... no es esto?

Rey. Y sois entonces?...

Cesar. Un hombre que puede presentarse ahora con la cara descubierta, que no necesita ocultar por mas tiempo sus títulos y su nombre... Soy...

ESCENA VII.

DICHOS. DUARTE.

Duarte. (*Acercándose al rey y en voz baja.*) Señor, un pliego reservado... (*Hinca una rodilla en tierra, y presenta el pliego al rey.*)

Rey. Qué es lo que leo!... Vil infamia! Han advertido á la reina... está en el palacio de Cintra!... Pronto, mi caballo.

Duarte. Le teneis dispuesto.

Rey. (*Trayéndole aparte.*) Perteneces á la servidumbre de don Juan?

Duarte. Soy la persona en quien tiene mas confianza.

Rey. No pierdas de vista á ese hombre...

Duarte. No me apartaré de él.

Rey. Que le alejen de aqui; y sobre todo, averigua su nombre. (*Vase precipitadamente.*)

Duarte. Con que erais vos, don Cesar?

Cesar. Yo, que te debo la vida.

Duarte. Y que por poco os la quito al saltar por ese balcon.

Cesar. Segun eso, mi salvacion en aquel tiempo fue en calidad de préstamo?

Duarte. Oh! yo no sospechaba siquiera que fueseis vos.

Cesar. Bien está... Dime ahora, te han dado orden de obligarme á salir de esta casa?

Duarte. Si señor.

Cesar. Y si yo no quiero?... si me resisto?

Duarte. Resistiros?... contra quién?... Estoy yo solo aqui, y soy todo vuestro.

Cesar. Bravo mozo!... Si alguna vez llego á ser rico...

Duarte. Me tomareis á vuestro servicio?...

Cesar. Quita allá!... he de señalarte diez criados que te sirvan... Pero dime, en esta casa hay una muger?...

Duarte. Verdad es.

Cesar. Quiero verla... es preciso que la hable... Vé á prevenirla.

Duarte. Es inútil... aqui sale.

Magdalena. (*Saliendo.*) Un desconocido!

Cesar. (*Bajo.*) Déjanos.

Duarte. Al momento. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

MAGDALENA. DON CESAR.

Cesar. (*Despues de haberla mirado en silencio.*) Por fin, nos hallamos frente á frente, señora!... no ha sido sin trabajo... por lo que á mí hace al menos... pues he tenido que escapar de las garras de diez corchetes que me venian á los alcances sin dejarme respirar... he tenido que arrostrar la acogida que aqui me han hecho á arcabuzazos... y todo ello por veros.

Magdalena. Por verme!... no os entiendo.

Cesar. Mi presencia os ha sorprendido... Y sin embargo, nos conocemos mucho... tanto y tan bien, que puedo deciros quién sois... (*Con desprecio.*) y lo que sois.

Magdalena. Caballero!...

Cesar. Dijísteis para vos cierto dia: yo soy bella... (*Mirándola.*) muy bella!... pero esto no basta, quiero ser tambien gran señora... porque una jóven bonita confundida entre la plebe, es una flor en el desierto, una perla en el fondo del Oceáno... Deseo un título que me eleve sobre las demas, que me coloque en el lugar que creo merecer... Hé aqui lo que algun dia habeis pensado y lo que os habeis dicho; no es cierto, señora?

Magdalena. Os contestaré, caballero, cuando sepa quién sois y lo que sois.

Cesar. Soy un hombre que puede y debe pediros cuenta de vuestras acciones y de vuestros pensamientos!

Magdalena. Vos!... y con qué derecho?

Cesar. Un juez... que no se hubiera mostrado muy seve-

ro con vos; porque consigo mismo no lo ha sido... que os hubiera perdonado vuestra ambicion y vuestro orgullo, porque él propio no ha sabido conservar un justo orgullo y una noble ambicion... Pero si yo he jugado con mi clase y con mis títulos, he podido llevar siempre la frente erguida y mirar á todo el mundo sin sonrojarme. Qué habeis hecho vos, señora, de mi honra y de mi nombre?

Magdalena. Pero de qué honra, de qué nombre hablais?

Cesar. De mi honra y de mi nombre, señora!... Porque yo soy don Cesar de Portugal!

Magdalena. Vos!... este hombre está loco.

Cesar. No me creeis!... nada me admira... porque contabais con mi muerte;... fuisteis á buscar el título que necesitabais al fondo de una carcel... sabiais que iba á morir... y al separaros de mí en el altar oisteis sin duda el estruendo de los arcabuces que debian acabar con mi vida, y dejaros á vuestro libre albedrío.

Magdalena. Qué es lo que dice?

Cesar. Y todo eso lo hicisteis para encubrir con un brillante título una execrable infamia!... Oh! tan villana accion es un crimen... no, es mas que un crimen, es una vileza!

Magdalena. Señor!... señor!... escuchadme... Todo lo que me estais diciendo es falso... sí, es falso... bien lo sé... pero sin embargo, hay en vuestras palabras un tono de sinceridad, de conviccion... que me obliga á daros crédito... Hay en vuestro acento una cosa que me penetra y me subyuga... Ah! decidme, por Dios, señor, quién sois! responded.

Cesar. Os lo he dicho ya, señora, soy don Cesar de Portugal.

Magdalena. No puede ser... don Cesar de Portugal es otro; le he visto hace un instante!... aquí mismo.

Cesar. Hace un instante no habia aquí mas que vuestro amante... el rey de Portugal.

Magdalena. (*Fuera de sí.*) El rey!

Cesar. Ah! harto bien lo sabeis.

Magdalena. (*Idem.*) Una prueba? teneis una prueba de lo que decís?... Porque en fin, yo no puedo adivinar... yo no puedo saber... al pié del altar estaba cubierta con un velo... Todo aquello era una trama in-

fernal, sin duda... (*De pronto.*) Ah! aguardad... Si erais vos en efecto, debeis recordar vuestras palabras, las únicas palabras que me dirigisteis!...

Cesar. Las recuerdo, señora... Salimos de mi prision... el sacerdote iba á bendecir nuestro enlace... no faltaban sino algunos minutos para la hora de mi suplicio... con mi natural aturdimiento me reia de la muerte... y al daros la mano, esclamé: «señora, os consagro toda mi vida.»

Magdalena. (*Con fuego.*) Eso es! sí, eso es! Vos sois, vos!

Cesar. Yo, á quien creian muerto, y que viene á turbar vuestros reales amores!

Magdalena. (*Con dignidad.*) Don Cesar de Portugal, no me insulteis!... defendedme!

Cesar. (*Con ironía.*) Y contra quién, señora?

Magdalena. Luego vos creeis que soy su cómplice?... Os juro que no sabia nada de lo que ha sucedido... me dejé guiar sin ver adónde me conducian... Me dijeron: la reina os llama, os espera... y los escuché... Me dijeron que era preciso enlazar mi existencia con la de un marido... desconocido... invisible... y los escuché... Mi delito...—que ahora espío...—consiste en mi orgullo, en mi ambicion... y por él pido perdon al cielo!... Pero no me digais que á sabiendas he contribuido á esa horrible maquinacion! no me digais que bajo la muger de don Cesar se encubria la querida del rey!... Por la primera vez he visto hoy al rey, á ese hombre... y le he dicho que me aterraba!... Si, hace un instante, se hubiera atrevido á atravesar el dintel de esa puerta, no me hubiese encontrado viva!... Dios mio! yo no sé qué deciros para convenceros... pero no hay en mi acento, en mis ojos, alguna cosa que os diga: esa muger no miente... esa muger no es la querida del rey!...

Cesar. Si es asi, señora, venga una prueba: á vos os toca ahora: dádmela!

Magdalena. Una prueba?... Escuchad... vos sois mi marido... sereis mi juez y mi dueño... Si no he cumplido mis juramentos, me echareis de vuestro lado!... Si soy indigna de vos, me maldecireis!... Si os he deshonrado, me matareis! (*Se arroja á sus pies.—Ruido dentro.*)

Cesar. (*Desde el balcon.*) La casa está cercada por hombres armados.

Magdalena. (*Asustada.*) Don Cesar! no me abandoneis!

Cesar (*Con nobleza.*) Levantaos, señora... vos no sereis la querida del rey hasta que os hagan vuida del marques de Aveiro!

Magdalena. No!... huid!... os matarian... y me quedaria sin defensor!

Cesar (*Con ironía.*) Huir por un lado mientras el rey entraba por el otro?

Magdalena. (*Con alegría.*) Ah! una inspiracion del cielo... Ademas de la proteccion divina, nos queda todavía otra en la tierra... la reina... Oh! ella me conoce... y me salvará!... Donde quiera que esté... en Cintra... en Lisboa... aun cuando tenga que andar toda la noche, quiero irme á echar á los pies de la reina é implorar su ausilio... ella me salvará os digo. (*Lánzase hácia la puerta.*)

Duarte. (*Saliendo*) Deteneos!... la salida es imposible... esos soldados...

Magdalena. (*Con terror.*) Gran Dios! vienen á arrancarme de aqui!

Duarte. No... tienen orden de guardar de vista esta casa, de la cual solo vos, señora, no podeis salir.

Magdalena. Pues bien... Don Cesar, dadme palabra de caballero de hacer lo que voy á deciros.

Cesar. Mandad, señora.

Magdalena. Volad á Cintra... penetrad hasta donde está la reina... decidla que en otro tiempo me llamaban Magdalena... decidla el peligro que me amenaza... Os pido en esto un gran sacrificio... porque quiero que vayais á suplicar á una muger, cuando hay aqui hombres que combatir... pero si lo haceis... os deberé mi salvacion, mi felicidad... os daré mi sangre, mi existencia!... mi alma y mi vida serán vuestras.

Cesar. (*Con entusiasmo.*) Señora, con tales palabras acabais de hacer un milagro!... Don Cesar el aventurero ha dejado de existir; ya solo vive en mí don Cesar el caballero. (*Vase precipitadamente despues de besarla la mano.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.

Acto quinto.

Un oratorio. Dos puertas laterales: una ventana. En el fondo un cuadro de la Vírgen. La escena está iluminada por una lámpara que pende del techo.

ESCENA PRIMERA.

MAGDALENA.

Cuánto tarda en volver, Dios mio! Hace cerca de tres horas que se marchó!... Si es cierto que la reina se halla en el palacio de Cintra debe ya haberla visto, haberla implorado! Cómo no está aqui, sabiendo que me he quedado sola, abandonada é indefensa! No; debo calmarme, debo estar tranquila... ningun peligro me amenaza, y el cielo me protege. Oh, sí, él vela por mí, pues ha permitido que don Cesar haya venido tan á tiempo para librarme del lazo que me habian tendido. Qué oigo!... (*Yendo á la ventana.*) La oscuridad no me deja distinguir apenas... Un hombre embozado!... él, sin duda!

ESCENA II.

MAGDALENA. DUARTE.

Duarte. (*Asustado.*) Señora... aqui está otra vez... es él!
Magdalena. Sí, él, don Cesar.
Duarte. No señora, no, es el rey!
Magdalena. El rey! Dios eterno! no te apartes de mí!

Duarte. Y si me manda salir?
Magdalena. No te apartes!
Duarte. Pero... ved que es el rey, señora!
Magdalena. Sí, el rey, á quien todos obedecen! Oh! Dios mio, no habeis tenido piedad de mi!
Duarte. Le oigo subir!... ya llega!
Magdalena. Y vas á dejarme? (*Duarte baja la cabeza.*) Pues bien... venga un arma al menos! (*Le coge el puñal.*)
Duarte. (*Asustado.*) Qué!... osariais?... contra el rey?
Magdalena. No, contra mí... Si no se apiada á mis lágrimas... no me defenderé... me mataré!

ESCENA III.

DICHOS. EL REY.

Rey. (*Bajo á Duarte al salir.*) El hombre que yo dejé aqui?...
Duarte. Desapareció á poco.
Rey. Quién era?... qué venia á hacer á esta casa?
Duarte. Venia huyendo de la justicia, que le perseguia, y buscaba un asilo.
Magdalena. (*Aparte.*) Qué le estará diciendo?
Rey. (*Alto.*) Ahora, déjanos. (*Duarte mira á Magdalena, y vacila.*) No has oido?
Magdalena. Obedeced á vuestro señor... al mio... ejecutad las órdenes... de S. M. don Alfonso VI.
Rey. Qué es lo que dice? (*Vase á Duarte.*) Quién se ha atrevido á venderme asi?
Magdalena. (*Con acrimonia.*) Quién os ha vendido, preguntais, señor? Voy á deciroslo.
Rey. Hablad.
Magdalena. El que os ha vendido es el hombre que os ha aconsejado una perfidia y una impostura indignas de un rey!
Rey. Señora!
Magdalena. El hombre que se ha burlado del mas santo juramento, de los vínculos mas sagrados, y que me ha dicho á mí: Magdalena, este es vuestro esposo, este es el marques de Aveiro.
Rey. Bien está; una vez que os han revelado mi nombre

y mi título, quiero que sepais la verdad entera! Sí, lo quiero... porque el disimulo era para mi un suplicio, este enredo repugnaba á mi altivez, y el rubor de la vergüenza me encendia el rostro cuando reflexionaba en tan torpe impostura! Sí, yo soy el rey... pero no el rey que vos creeis, tímido y débil, que abdica el poder en manos de un ministro, y que tiembla delante de una muger... Soy el rey don Alfonso VI, á quien los pueblos han apellidado el *Victorioso*, y que no se dejará arrancar la que ama, sino haciendo pedazos al miserable que se atreviese á intentarlo!

Magdalena. Gran Dios!

Rey. Desde que te conocí, Magdalena, ha vuelto á renacer en mi pecho aquella voluntad imperiosa y fuerte que me hizo acometer grandes empresas; y siento que te amo con toda la impetuosidad, con toda la vehemencia de mi alma. He jurado que has de ser mia, y lo serás.

Magdalena. (*Alejándose.*) Oh! dejadme... dejadme... por compasion os lo ruego. Yo os bendeciré si consentís en partir.

Rey. Partir, cuando logro verte sin testigos, cuando puedo aparecer á tus ojos tal cual soy, cuando ha llegado por fin ese dia que yo anhelaba impaciente!

Magdalena. Oh! no os mostrareis sordo á mis ruegos, tendreis piedad de mi llanto!

Rey. Un delirio como el mio no se calma con una palabra... un fuego como el que me devora no se apaga con una lágrima!

Magdalena. Deteneos, señor!... (*Sacando un puñal.*) Un paso mas, y causais mi muerte!

Rey. (*Deteniéndola.*) Luego es un horror invencible lo que yo os inspiro?

Magdalena. No!... yo no os aborrezco, señor, pero pertenezco á otro.

Rey. Qué decís?

Magdalena. A otro, para el que sabré guardarme casta y pura... que debe recobrarme digna de él, ó recobrarme muerta!

Rey. Pero quién es ese hombre?

Magdalena. Ese hombre es mi marido! señor... Es don Cesar de Portugal.

Rey. (*Dirigiéndose á ella.*) Don Cesar de Portugal ha muerto!

Cesar. (*Apareciendo.*) Aun no, rey don Alfonso! S. M. se ha dignado perdonarle la vida!

ESCENA IV.

DICHOS. DON CESAR.

Magdalena. (*Dando un grito de alegría.*) Ah!... ya no necesito de este arma!... tengo, para defenderme, la presencia de mi marido!

Rey. Vuestro... vuestro marido, señora!... él! (*Don Cesar, sin decir una palabra, va á cerrar las dos puertas, y quita las llaves.—El rey le ha seguido con la vista.*) Qué haceis, caballero?

Cesar. (*Con calma.*) Cierro, señor, estas dos puertas... á fin de que nadie entre aqui... á fin de que nadie oiga lo que solo debe ser oido de vos... y de ella... de esa pobre muger que estais viendo ahí, deshecha y acongojada!

Magdalena. (*Aparte.*) Qué irá á decir?... qué irá á hacer?

Cesar. (*Continuando.*) Si el que acaba de ultrajarla fuese un hidalgo, un soldado como yo... no sé si le hubiera dado tiempo siquiera para sacar la espada!... En casos semejantes, no se lidia... se mata! (*Con acento respetuoso.*) En vuestra presencia, señor, que sois mi rey... (*Quitándose la espada y presentándosela al rey.*) enfreno mi cólera y mi venganza... Tengo miedo... sí, mi rey y señor... tengo miedo yo mismo de la tormenta que ruge aqui dentro, en el fondo de mi alma... y por si llegase á estallar, por si llegase á olvidarlo todo,—pues bien sabeis que no siempre es uno de su voluntad ni de su brazo;—por si eso ocurriese, quiero que mi voluntad sea impotente, y que mi brazo esté desarmado!

Rey. Don Cesar!... Ved que es el rey de Portugal á quien hablais!

Cesar. Diria yo á otro que no fuese el rey de Portugal: tomad mi espada y hacedla pedazos?... (*El rey rechaza la espada; don Cesar la arroja lejos de sí.*) Con todo, este marido, á quien vos, señor, acabais de

afrentar, necesita una reparacion... una venganza... Pero cuál?... Qué puede el ofendido, cuando el agravio viene de tan alto? Cómo ha de luchar mi flaqueza contra todo vuestro poder?—No obstante, cuando una afrenta no puede vengarse con sangre, pueden tomarse todavía terribles represalias!... (*Con fuerza.*) Sí! que cuesten mas que sangre, mas que la muerte!

Rey. (*Fuera de sí.*) Insolente! (*Calmándose de pronto.*) Continuad... quiero saber hasta dónde raya vuestra audacia.

Magdalena. (*Bajo y con temor.*) Don Cesar, es el rey...

Cesar. (*Con frialdad.*) Sí, el rey es, pues existe todavía. (*Dirigiéndose al rey.*) Señor... esta pobre muger, á quien tan desigual lucha aterraba, ha reclamado el socorro y proteccion... de Dios primero... y despues, de aquella cuyo nombre ningun buen portugués pronuncia sin amor ni respeto... de la reina.

Rey. (*De pronto.*) De la reina!...

Cesar. He corrido al palacio de Cintra!

Rey. Habeis osado!...

Cesar. (*Continuando.*) Esperar que me dejarian llegar hasta la reina, era locura! Por lo mismo, á favor de la oscuridad y arrostrando los mosquetes de los centinelas...

Magdalena. Cielos!

Cesar. (*Sonriéndose para tranquilizarla.*) Las balas me conocen... (*Continuando.*) Escalé las tapias del parque real como un malhechor, como un ladron .. (*Con tono de amargura.*) Y sin embargo, no era yo el que entraba á robar en casa de otro!... Me metí por la espesura, cuya poblada arboleda hacia aun mas oscuros y misteriosos aquellos recónditos bosquecillos... caminaba siempre adelante, decidido á encontrar á la reina... ó la muerte... cuando de repente oí dos voces... la voz de un hombre y la de una muger... la una, trémula de emocion; la otra, vibrante y entera. Aparté el ramage, y tendí la vista hácia una plazoleta bañada entonces por la luz de la luna. La muger, hermosa, pero pálida, escuchaba con terror, descompuesto el semblante... El hombre estaba á sus pies, y con ambas manos detenia á la dama por el vestido... diciéndola asi:—«Os engaña, señora!... esta misma noche, en

este instante en que os hablo, vuestro esposo se halla en los brazos de su querida... y yo, insensato, os amo con un amor tal que me eleva hasta él, que me ensalza hasta vos! Necesitais una prueba de este cariño? pedidme mi sangre y mi vida! Necesitais una prueba de su crimen? la tendreis al punto. Los grandes y señores de la servidumbre, á quienes he hecho creer que el rey se ha estraviado llevado del ardor de la caza, van á recorrer la selva, llegarán á una casita aislada que querrán examinar, y encontrarán en ella á su adúltero monarca.» —Adivinais ahora, señor, quiénes eran aquel hombre y aquella muger?... Era don Juan Conti, á quien vos habeis hecho vuestro privado y ministro... era la reina de Portugal!

Magdalena. La reina!

Rey. (*Estallando.*) Mentis!... Repetid, repetid lo que habeis dicho! (*Aparte.*) Si fuese cierto... Ah! (*Lanzándose hácia la puerta.*)

Cesar. (*Con frialdad.*) Os he dicho, señor, que esas dos puertas quedaban cerradas.

Rey. Miserable!

Cesar. Os he dicho, que este marido que ha depuesto su espada por miedo de sí propio... necesitaba una reparacion y una venganza. Me comprendeis ahora, no es verdad?... En este momento el ministro vende á su rey, el vasallo se atreve á hablar á la reina de su insolente amor! Triste igualdad! Mientras la deshonra queria hacerse lugar en la casa de un caballero, penetraba el agravio en el palacio del rey!

Rey. Don Cesar, abrid esa puerta.

Cesar. Lo que vos intentabais hacer en mi casa, lo intenta hacer otro en la vuestra... y no os dejaré salir!... El tiempo vuela... cada minuto es para vos un siglo de angustias... y no os dejaré salir! Estais sufriendo todos los tormentos que á mí me habeis hecho pasar... pero no os dejaré salir!

Rey. Don Cesar, abrid esa puerta!

Cesar. (*Riendo amargamente.*) Es un suplicio horrible, no es verdad?

Rey. (*Lanzándose hácia él.*) Don Cesar, coged esa espada y defendeos! No soy ya el rey de Portugal... ni me conoceis siquiera... Acero contra acero... Sangre por

sangre!... una vez que la afrenta y la traicion me han hecho vuestro igual... una vez que es preciso pasar por cima de vuestro cadáver para salir de esta casa!

Magdalena. (*Aterrada.*) Señor! en nombre del cielo!

Rey. Defendeos, ú os mato.

Cesar. (*Presentándole el pecho.*) Sería ya tarde.

Rey. (*Bajando la espada.*) } Tarde!
Magdalena. (*Aparte.*) }

Cesar. (*Con nobleza.*) De cuando acá, señor, en este antiguo reino de la caballerosa España no sabe un noble lo que debe hacer cuando insultan á su rey?... Habeis creido que yo podria ver y oir todo lo que ha pasado, sin castigar al infame que ha hecho un escabel de mi honor, para atentar al vuestro!... Tomad, señor, ahí teneis la banda con que vuestras augustas manos habian honrado á ese hombre, y que he arrancado yo de su cadáver. (*Presenta al rey la banda de la orden de Cristo.*)

Magdalena. Muerto!

Rey. Y habeis sido vos?...

Cesar. Bañé en sangre su rostro con mi mano... y traspasé su corazon con mi espada, frente á frente... he salvado vuestra honra... (*Hincando una rodilla y señalando á Magdalena.*) Ahora, señor, disponed de la mia. (*Oyese dentro ruido, y voces que gritan:* El rey! el rey!)

Rey. (*Rápidamente.*) Levantaos.

ESCENA V.

DICHOS. MONTEROS *y* SEÑORES *de la servidumbre del* REY.

Todos. (*Descubriéndole.*) Ah! Vedle aqui!

Rey. Tranquilizaos, señores... me hallaba en casa del marques de Aveiro... tenia por huésped y defensor... al caballero mas pundonoroso y leal de mi grandeza... (*Movimiento general.*) Don Cesar de Portugal, marques de Aveiro, os nombro gobernador de la plaza de Elvas... (*Con intencion.*) en la frontera de España.

Cesar. (*En voz baja.*) Señor... en vuestras posesiones de Ultramar debe haber tambien algun gobierno vacante... Si V. M. se dignase...

Rey. (*Bajo.*) Y por qué en Ultramar y no en la Península?

Cesar. Porque... (*Bajando la voz.*) está mas lejos y tendremos el mar por medio. (*Mirando á Magdalena con intencion.*)

Rey. Señores, vengo en nombrar á don Cesar de Portugal, gobernador de Fernambuco... (*Llamando á don Cesar y Magdalena. Don Cesar inclina la cabeza.*) Estais contentos?

Magdalena. Si á fé... que son nobles á cual mas... el rey y el aventurero.

FIN DEL DRAMA.